

Luis Luján Muñoz
63.—

1492 = = 1892

Cristóbal Colón

Y EL

Nuevo Mundo

POR

Antonio Batres Jáuregui

Obra premiada en el certamen abierto por el Gobierno de Guatemala para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América

GUATEMALA:
Encuadernación y Tipografía Nacional, Décima Calle Poniente, Núms. 29 y 31.
1893

CONTRASEÑA:

A LA CIVILZACIÓN NUEVO MUNDO
DIÓ COLÓN.

CRISTÓBAL COLÓN

INTRODUCCIÓN

La gentil metrópoli andaluza, ceñida de pintorescas sierras y arrullada por las azules ondas del Guadalquivir, había regocijado á sus invictos moradores con extraordinarios torneos, bélicos ejercicios, alegres bailes y diversiones populares, entre el ambiente puro de los bosques umbrosos. Espléndido y radiante el sol meridional, esmaltaba las vívidas hojas de las flores y las profusas plumas de los pájaros. Los nobles adalides vestían sus lorigas; los ardorosos capitanes empuñaban sus aceros; los pajes y campeones, de rigurosa gala, anhelaban solícitos los laureles del triunfo. Las cumbres de los montes y los fértiles campos de la vega, se vieron ocupados por los aguerridos defensores de la Cruz, mientras que allá á lo lejos, alzábanse airosas las gallardas torres granadinas, como queriendo lanzar aún, provocativo reto musulmán á las vencedoras huestes de los católicos monarcas. Se aproximaba el término de la dominación de los hijos del Profeta, en suelo ibérico, y era todo júbilo y regocijo, en torno del hechizado alcázar de Sevilla.

Sólo un pobre peregrino, de dignísimo porte, entre la estólida turba de ávidos pretendientes, no parecía participar del alborozo causado por

aquel imponderable suceso, que cerraría, con llave de diamante, la lucha homérica de siete siglos de cruento batallar. Sólo un hombre humilde, que tenía en su cerebro más pensamientos luminosos que estrellas pueblan la bóveda celeste, llegaba en aquellos instantes de combate, á impetrar apoyo de la Corona española, para dar cima á una empresa, por todo extremo más heróica y trascendental que la célebre toma de Granada. Sólo Cristóbal Colón iba, cual providencial mensajero, á ofrecer un Nuevo Mundo á los reyes castellanos.

Al propio tiempo que el infeliz Boabdil abdicaba, con lágrimas de dolor, todo el poder mahometano en la reina doña Isabel, el eximio marino, disponíase á descubrir más tierras y riquezas que las que nunca pudo soñar la codicia de los monarcas iberos. Diríase que el genio del bien, que el ángel tutelar de España, con mano cariñosa y próvida, se empeñaba por hacer lucir en aquel solemne momento histórico, sobre la corona de la excelsa reina, junto con la morisca media-luna, las indianas perlas, símbolo de los vastos imperios de los incas, los muiscas, los mexicanos y los cackchiqueles. Ello es lo cierto, que la humanidad, fatigada á la sazón, con el peso del feudalismo, se revolvía ansiosa, en exiguo recinto, como si quisiera romper con el pasado. Conquistadas las alas del relámpago para la idea, por medio de la imprenta; vencidas las torres señoriles, al estallido del rayo, con la invención de la pólvora; disipadas las nieblas del tenebroso mar, merced á la brújula magnética; el Continente Antiguo, pequeño, viejo y estéril, parecía detener, en órbita miserable, las

expansiones de la vida humana, que pugnaban por desbordarse. Era preciso el descubrimiento de América. Estaba preparado por las evoluciones del progreso, que requerían un suelo virgen, santuario del pensamiento libre, de la oración espontánea y del trabajo remunerador. Había sonado la hora de que el Continente Nuevo surgiese del sepulcro del olvido, al exclamar *plus ultra* el profeta más grande que han presenciado las edades. América, cual otra Venus, seductora y lozana, con los gérmenes de misteriosa vida, había de brotar de las ondas, para que al calor de su regazo, y á los latidos de su corazón, creciese la democracia y viviera la república. Los arcángeles exterminadores, que con espadas de fuego, colocó la credulidad en los confines de las aguas, con el propósito de que nadie osase llegar al término del mundo, debían desvanecerse, cual vanos fantasmas, al pronunciar la ciencia el *fiat lux* del Renacimiento, entre cuyos fulgores se destaca majestuoso el egregio descubridor de nuestro suelo; Verbo de exuberante creación, Mesías que, entre el humo del combate, anunció—al hundirse en los antros del tiempo la arabesca cimitarra, emblema de fuerza bruta—el hallazgo del Nuevo Mundo, que simboliza el poder del derecho, el poder de la inteligencia, el poder de las ideas.

Ni el divino pincel de Lamartine, que tenía los brillantes matices del iris; ni las pindáricas estrofas de Baralt; ni la amenísima prosa de Irving; ni las bien talladas frases del clásico Quintana; ni las piadosas descripciones del Conde Roselly de Lorgues, que pretendió para el inspirado genovés

el nimbo de los santos; ni la erudita obra del laborioso académico don José María Asensio, han podido dar el temple y realce que necesita el cuadro grandioso de Cristóbal Colón. Rayaría, pues, en vano orgullo el intento de un modesto escritor que, como yo, quisiese bosquejar siquiera, la radiante figura, que hoy contempla absorta la humanidad agradecida; pero ya que el Supremo Gobierno de mi patria, en justo homenaje á la celebración centenaria del famoso descubridor, abrió concurso á fin de conmemorar el más grande de los sucesos históricos, séame lícito traer menudo grano de arena para el monumento que hoy se levanta, en remembranza de aquel sublime genio, que, con profunda y admirable decisión, realizó el sueño de Séneca, al descubrir la mitad más rica del planeta (1).

I.

La gloria no se preocupa ni de la ascendencia de los grandes hombres, ni del lugar en donde vienen á la vida. El espíritu localista y los odios lugareños se empeñan en obscurecer las cunas de varones ilustres. Homero, Shakespeare, Cervantes y Colón, son patrimonio del género humano, por más que se dispute acerca del suelo donde nacie-

(1) No sería extraño que, aquellos que se han empeñado últimamente en amenguar la inmarcesible fama del ínclito marino, hallen censurable mi entusiasmo por su memoria. Los que, como don Luis Vidart, por hacer la defensa de Bobadilla, y por un patriotismo exagerado, inculpan al que descubrió para la Corona de Castilla un Nuevo Mundo, podrán querer que se manche la vida de Colón, con tal que á su gloria no le sirva de pedestal la ruindad de los que le persiguieron y la envidia de sus émulos.

ron; bien que, á pesar de las muchas opiniones encontradas, parece lo cierto que el descubridor de América vió la primera luz en Génova, en 1435 (2).

Si su padre fué un obscuro y desconocido cardador de lana, harto renombre debía alcanzar Cristóbal, para ennoblecer á toda su prosapia; que son los merecimientos personales los que encumbran y dan lustre al que, merced á sus proezas, se hace superior á los demás. Desde muy niño estudió en la Universidad de Pavía, célebre por entonces. Sus inclinaciones lo llevaban á penetrar en los misterios de la náutica. La marítima Génova brindóle con sus atractivos y adelantos. Más de una vez el embravecido piélago hizo zozobrar la nave del marinero aprendiz, en sus expediciones por el Mediterráneo. La casualidad le dió arribada á Lisboa en 1470, en donde cundía el espíritu de audaces descubrimientos y atrevidas expediciones.

Si el excelso navegante llevaba en su mente un mundo de ideas, y en su alentado espíritu la indomable constancia de la fe más ciega, también sentía en su corazón las impresiones dulces del amor, que da vida á cuanto existe. Así fué que, á los treinta y nueve años de edad, prendóse de la hija de un piloto célebre, gobernador que había

(2) Napione Cristoph Colomb—Paris, 1809.—Dissertazioni epistolari bibliographiche, de Fr. Cancellieri—Roma, 1809.—Biographie Universelle, par une societé de gens de lettres et de savants, Paris 1813; tome 9, page 285.—Navarrete Col. de viajes y descubrimientos; Introducción, página 28.—Cesar Cantú, Epoca 14, cap. 4o.—Lafuente, Historia General de España; tomo 2o., página 311 de la edición de 1879.—Próspero Peragallo, Cristoforo Colombo é la sua famiglia.—Lisboa, 1885.—Harrisse, Bibliotheca Americana Vetustissima, New York, 1866, pag. 2, et seq.

sido de la isla de Porto Santo (3). Pobre de bienes de fortuna, aquella joven italiana sólo pudo donar á su esposo las cartas, apuntes, diarios é instrumentos de su padre; pero á la verdad, todo ello constituía un gran tesoro, que daba á conocer la navegación del siglo XV y las ideas y planes de los portugueses, que eran los heraldos en descubrimientos náuticos (4). ¿Concebiría desde entonces Cristóbal Colón, atravesar la extensa llanura del líquido elemento, hasta descubrir el camino más corto que viera en sus sueños? ¿Hallaría en esos manuscritos, pobre dote de la compañera de su vida, el germen fecundo del audaz pensamiento que lo trajo al Nuevo Continente? ¿Hubo de ser ella, sin quererlo, la Musa que inspirara al peregrino el derrotero de su arriesgado viaje? Es lo cierto que la mujer va casi siempre asociada á las grandes empresas. Al lado de Prometeo, de Esculapio, de Sócrates, de Cristo y de Colón; al lado de los redentores de la humanidad, hallaréis heroínas de amor, poetisando el calvario de todos los infortunios.

Mucha parte de su tiempo consagraba el pobre marino al estudio de los filósofos, de los historiadores y naturalistas; todas las horas que no consumía en trazar cartas, copiar manuscritos y construir esferas, cuyo producto le proporcionaba aza-

---

(3) Llamábase la joven Felipa Muñiz de Palestrello, y casó con Colón, en el año de 1475.

[4] Navarrete, Colección de Viajes; página 81.—Las expediciones marítimas de los portugueses á la costa occidental de Africa, prepararon el descubrimiento de América, siendo como el prólogo de este grandioso poema.—J. Meza y Leompart, Compendio de la Historia de América; tomo 1o., página 1a.

rosa subsistencia. Al cabo de algunos meses de haberse casado, embarcóse, con su consorte, para su miserable posesión de Porto-Santo, en donde nació Diego su primogénito. Allí, ante la inmensidad del mar, iluminado por el brillante sol del medio día, que reververaba en las tranquilas aguas, maduró el joven marino la sublime idea de lanzarse al ignoto piélago, en busca de región desconocida. Se agolpaban á su mente las antiguas tradiciones, que los egipcios y griegos guardaran en sus cantos (5); evocó, cual otro Isaías, á las generaciones muertas, con sus perdidas memorias; llamó en su auxilio á la ciencia, con sus divinos destellos; recordó que grandes pinos, maderas labradas y cadáveres de otras razas, habíanse visto en *La Graciosa* y *Las Flores* (6); invocó, con acendrada fe, la inspiración celeste.. ....y un destello del espíritu de Séneca, atravesando las edades, vino á iluminar el alma del cosmógrafo

---

(5) Séneca, en su Medea, dijo:

"Vennient annis
sæcula seris, quibus occeanus
Vincula rerum laxet et ingens
Pateat telus, Tiphisque novos
Detegat orben, nec sit terris
última Tille."

El mismo Cristóbal Colón tradujo los anteriores versos, en la forma siguiente: "Vernán los tardos años del mundo—ciertos tiempos, en los cuales el mar oceano affloxerá los atamientos de las cosas, y se abrirá una gran tierra—y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jasón, que ovo nombre Tiphi—descubrirá nuevo mundo—y entonces no será la isla Tille—la postrera de las tierras."

(6) Herrera, Historia General de las Indias Occidentales, Década I, libro I, capítulo II—Colón había estudiado profundamente los escritos de Marco Polo, Benjamín de Tudela y Carpini.

Raimundo Lulio, en 1287, había sostenido la teoría de la esfericidad de la tierra.

ilustre, para que se reflejase en su fondo, tan inmenso como el Océano que había de recorrer, la nueva creación de aquel génesis pasmoso, que completaba el planeta, unía las razas y convertía la tierra en patria del género humano, hasta entonces dividida por el mar, que como la loza helada de un sepulcro, se interponía entre el mundo de los vivos y la insondable eternidad del mundo de los muertos (7).

Alboreaba la primavera de 1476, y había cumplido ya Colón los cuarenta años, cuando decidióse á poner en práctica sus vastos planes. Seríale preciso luchar con la ignorancia, el fanatismo y la envidia, sacrificando hasta su propia dignidad, á guisa de mendigo que humilde imploraba favor del poderoso. Cediendo á las inspiraciones del amor patrio, dirigióse primero al Senado de Génova, presentándole la oferta de sus descubrimientos. Compareció ante aquella augusta asamblea, con la resolución que siempre tuvo al poner en práctica sus admirables proyectos. Si se le daban unos cuantos buques, partiría por el estrecho de Gibraltar, hacia el Poniente, hasta descubrir la tierra en donde nacen las especias (8); pero aquel noble Senado, calificando de fantástico delirio el temerario ofrecimiento de su compatriota, lo rechazó con indiferencia estólida. Igual suerte tuvo en la opulenta Venecia, que en aquellos tiempos se curaba más de la política de intriga, por

(7) Pitágoras y Thales de Mileto ya habían anunciado la existencia de un desconocido Continente.

(8) Girolamo Benzani. La Storia del Mondo Nuovo, Libro I, folio 2, Venezia, 1572.

medio del veneno y del puñal, que de abrir las puertas del Renacimiento, dando alas al genio y vuelo á la inspiración.

El ilustre peregrino no cejó de su indómito batallar, ante la agria repulsa de los Dux. Dirigióse á la soberbia corte del célebre don Juan II, que por entonces se empeñaba en hallar nuevas tierras, y tenía una marina de primer orden; pero también allí se hizo mofa, con fría y procaz incredulidad, del pensamiento insensato del loco visionario (9). Hubo más aún; al insulto se agregó la vileza, é intentóse ¡quién lo creyera! robar por modo pérfido, el proyecto que presentaba Cristóbal Colón, haciéndole concebir engañosa esperanza de amparo, en gracia de que escribiese su plan, con minuciosos detalles, mapas y derroteros; plan que, en mala hora, y para mengua del monarca, confióse por él mismo á un hábil piloto portugués, que se aventuró en el Océano, en dirección hacia el Occidente, y que á punto estuvo de pagar, con la vida, su punible intento. Entretanto Colón, que no ignoraba la real infamia, devoró en silencio sus afrentosos duelos. Había tenido la inmensa desgracia de perder á su consorte, y triste por las ironías del destino y las humanas veleidades, abandonó aquel engañoso reino, y partió con su joven hijo Diego, en busca de más hidalga tierra. Fué de paso á Savona á despedirse de su anciano padre, el honrado cardador de lanas,

9 "Aveva dimandati troppo grandi premii e onori quando la cosa fosse succedata, secundo le sue promesse." Filippo Casoni, Anali di Génova, libro I, folio 28. La prcposición del ilustre nauta á don Juan II debe de haberse hecho poı e año 1484, según la opinión más probable.

quien bendijo á su nieto con ternura; pero sin presentir que, poco tiempo después, emparentaría con los reyes.

En una tarde calurosa del estío de 1485, dos extranjeros de apariencia modesta, llegaban al viejo pórtico del monasterio de Santa María de la Rábida, en la feraz Andalucía. Frisaba el uno en los cincuenta años, era de alta estatura, ojos de cielo, cabello cano y encendido rostro. El otro, muy tierno aún, como de siete años de edad, tenía semblante femenil y facciones hermosas, parecidas á las del viejo. Quería el niño un pedazo de pan y un sorbo de agua, que mitigasen su cansancio. El hombre también exclamaba como Cristo, *sed tengo*; pero era sed de justicia, sed de gloria ¡No podía ir á aquel sosegado santuario, en busca de quietud y de reposo, el que llevara en su cabeza un mundo!

Los dos peregrinos eran Cristóbal Colón y su hijo Diego.

Abriéronse las hospitalarias puertas del convento Franciscano, y mientras los monjes ofrecían caritativo refrigerio al pobre niño, el padre Fr. Antonio de Marchena, de pecho abierto y carácter magnánimo, habló con dulzura al fatigado caballero, que aunque polvoroso y triste, mostraba en su persona el sello de la distinción y la majestad del genio. El peregrino y el monje simpatizaron pronto. Enamorado profundamente de la elocuencia del cosmógrafo, ofrecióle el fraile su protección ante la Corte de Castilla, como confesor que fuera de la reina doña Isabel la Católica.

A principios del año 1486, se dirigió Colón, de raídos vestidos y exhausta escarcela, sin más amparo que la casual amistad de un religioso, á solicitar de los monarcas españoles la protección que apetecía. La Corte se hallaba preocupada con la conquista de los infieles. La recomendación del entusiasta franciscano no era fácil que llegara hasta las orlas del trono. El Obispo Talavera, á quien Marchena se había dirigido, ni aun trató de obtener una audiencia con la reina. Nublado el cielo, sombrío el horizonte, como que la suerte airada se empeñara en amontonar dificultades, que estorbasen la realización de la idea sublime de aquel hombre, que cual otro Anteo, jamás sucumbía por los reveses del destino.

En la memorable noche del 18 de julio del mismo año, un voraz fuego incendió el pabellón de la reina, que estuvo á punto de morir, y de presentar, por tal siniestro, propicia ocasión á los moros para romper el sitio á que reducidos se encontraban. Levantó allí la altivez castellana, en forma de cruz, una ciudad llamada Santa Fe; y desde aquel sitio, de nombre significativo é imperecedera memoria, contestó favorablemente la magnánima y poderosa reina la súplica del prior de la Rábida, de escuchar benévola los ofrecimientos del mendigo sublime. Merced á la valiosa intervención del gran Cardenal de España don Pedro González de Mendoza, fué presentado el desconocido extranjero á los monarcas de Castilla, y el rey juzgó prudente someter su proyecto al consejo de hombres sabios.

En la espaciosa sala del antiguo convento del

Prado, en Córdoba, se sentaron las altas dignidades de la Iglesia, y todo cuanto había de grande é ilustre en aquella célebre ciudad, á la par de los más insignes varones, en ciencias sagradas y profanas. En medio de tan venerable asamblea, se presentó Colón, con paso firme, porte grave, alta la mirada, la fe en el alma y la elocuencia en los labios. ¡Imponente cuadro, el de un obscuro marino, sin más apoyo que su inspiración y su fe, que va á entrar en lucha con lo más conspicuo de la célebre junta, presidida por Fray Hernando de Talavera; y en aquellos tiempos, de ciegas creencias, avivadas por las guerras religiosas y por la reciente creación del Santo Oficio! Eran los fulgores de una aurora nueva, que pugnaba por desvanecer las sombras del pasado. Era la ciencia, que iba á vencer á las preocupaciones y la pedantería dogmática y teológica. Era la Edad Media, que cedía el paso al Renacimiento. Colón dijo: "Me propongo divulgar los misterios del Océano: hace cuarenta años que recorro los mares frecuentados por los hombres: pido á España buques para ir á las Indias, por el lado de Occidente (Las Casas). Murmullo general interrumpió al inspirado marino, y, arrugando horriblemente el entrecejo un inquisidor, cual si escuchara una blasfemia, exclamó: ¡hereje! Los astrónomos y cosmógrafos ¡imposible! Y todos se miraron los unos á los otros, con estupor profundo. Gracias á que algunos domínicos, instruídos en Salamanca, calmaron á aquella Asamblea, pudo Colón, con gran copia de argumentos, ora tomados de las ciencias físicas, ora de las sagradas escrituras, ora de la

historia profana y eclesiástica, ora de los filósofos antiguos y de la experiencia de sus propios viajes, insistir de nuevo en sus propósitos; mas la ignorancia y el fanatismo ahogaron su voz de nuevo, y un teólogo empedernido exclamó: "¿Y qué? ¿Hay alguno que ose proponer á una junta de prelados la aprobación de un proyecto que ofende la doctrina de la Iglesia Católica? Dios dijo: *Coloqué el cielo como bóveda, lo he desplegado como una tienda inclinándolo sobre la tierra.* ¡Atreverse, en esta augusta Asamblea, á proclamar la existencia de los antípodas! Y eso, cuando San Agustín, antorcha de nuestra fe, decide que la existencia de los antípodas se opone á nuestra creencia; porque pretender que hay tierras habitadas al otro lado del globo, sería como decir que hay naciones no descendientes de Adán, pues no hubieran podido pasar el Océano intermedio. Equivaldría á impugnar la Biblia, que declara expresamente que todos los hombres descienden del mismo padre. ¿Hay nada más absurdo, exclama Firmiano Lactancio, que el creer existan personas con los pies opuestos á los nuestros? ¿personas que van con la cabeza vuelta hacia abajo y los pies en el aire? ¿que existe una parte del mundo, donde todo está al revés, donde los árboles echan las ramas de arriba abajo, mientras llueve, nieva y ventea de abajo arriba? La idea de la redondez de la tierra fué el germen de esta fábula de los antípodas, porque los filósofos, una vez que se extravían, caminan de absurdo en absurdo y para defender uno inventan otro nuevo. El santo cosmógrafo de Alejandría, el monje Cosme, apo-

yándose en el citado texto de la Biblia, demuestra que la tierra es cuadrada, como el arca del Antiguo Testamento, que Dios elevó una inmensa muralla de diamante en medio del Océano, detrás de la cual el sol, después de haber recorrido la bóveda de los cielos, termina su carrera al Occidente, y da la vuelta al polo, para empezar de nuevo por la mañana, su carrera en Oriente. Un poco antes de esta muralla, hay una tierra innaccesible, donde no puede estampar su huella ningún humano pie. ¿E iríamos á tentar á Dios, queriendo reconocerla? La proposición que se ha sometido á nuestro examen, debe considerarse como herética.

A esta palabra, sintió Colón helarse su sangre, se persignó, protestó de su ciega sumisión á los dogmas de la fe; pero en vano buscó apoyo en un razonamiento suscinto, pues el último texto de San Agustín prohibe toda discusión: *Major est scriptura auctoritas, quam omnis humani ingenii capacitas*" (10). Sin embargo, después de un momento de estupor, pudo aquel hombre magnánimo echar por tierra los argumentos teológicos y físicos que se le oponían (11). Triunfó la ciencia; pero el obstinado Talavera, en nombre de aquella junta célebre emitió un informe desfavorable á Colón. Los reyes católicos dijéronle que, *cuando más desocupados sus altezas se vieran*, considerarían tales proyectos.

Descorazonado y triste quedó el pobre marino,

(10) Cesar Cantú, tomo X, página 940.

(11) Estudios críticos acerca de la dominación española en América. I *Colón y los Españoles*, por el P. Ricardo Cappa, de la C. de J.—Madrid, Velasco, 1887, página 51.

en la ciudad de Córdoba, sirviéndole de lenitivo á sus pesares, las amorosas relaciones que con una gallarda joven había contraído por entonces. Era doña Beatríz Enríquez, singularmente bella, apasionada y vehementísima. Reanimaba la fe del navegante, endulzando lo acerbo de sus frecuentes sinsabores. "Las relaciones amorosas que brotaron al calor de esta mutua afección, estrechándose fueron y creciendo de un día á otro; pero sea que al enlace de los que las alentaban, se opusiera la noble cuna de doña Beatríz, las escaseces de su familia, los obstáculos que á una unión inmediata oponían los mismos proyectos de Colón, ó todas estas causas juntas, es un hecho incontrovertible, entre los más indubitables de la vida del Almirante, que sus tratos con la ilustre dama, no se vieron jamás santificados por la bendición de la Iglesia; que doña Beatriz Enríquez no fué jamás la esposa legítima de Cristobal Colón" (12). Ni pueden empañar la memorable vida del inmortal descubridor, aquellos mundadales amores; ni todo ha de ser puro é inmaculado, ya que hasta San Gerónimo y San Agustín fueron víctimas de humanas flaquezas y juveniles devaneos. En medio de la obscura senda, á que la adversidad redujo á aquel preclaro ingenio, Beatríz aparecía como la amorosa visión que guiaba al Dante en las infernales peregrinaciones.

---

(12) Se han copiado exprofesamente las palabras del erudito historiador Asensio [pag. 103, tomo 1o.]; porque Roselly de Lorgues y otros, se han empeñado en sostener erróneamente que Colón casó, en segundas nupcias, con doña Beatríz Enríquez, y que su hijo Fernando Colón, nacido el 15 de agosto de 1488, fué legítimo y no natural.

¡Cuántas veces la sonrisa de una mujer, alienta y esfuerza el ánimo, que vacila y que decae! Con razón el divino Miguel Angel, al morir ya muy viejo, besó con ternura el nombre de la altísima señora á quien había amado. En medio de los azares turbulentos de los guerreros célebres; en medio de la fría meditación de los grandes sabios; en medio del embargo que produce el concebir una idea profética y sublime; en medio del ascetismo, de la soledad y del estudio; aparece siempre la faz sublime de la mujer bendita.

Ello es lo cierto, que la única luz que vertía rayos de esperanza en el alma dolorida de Colón, era la noble cordobesa, que lo retuvo por algún tiempo en España. La desgracia, maga engañadora, que se complace en afligir á algunos seres, desde que vienen á la vida, volvía á sembrar de espinas el camino estrecho que recorriera en el mundo, el hijo del humilde cardador á quien se calificaba de loco; pero cuyo espíritu soberano tenía más temple que el de todos los campeones de la Cruz, y cuya alma generosa, purificada por el dolor, no abatía sus alas ante las miserias y ruindades de la tierra. Cualquiera otro hombre, que no fuese Colón, retrocede inerme, ante las afrentosas repulsas del mundo entero. El anhelaba porque flamease el pabellón de Santiago allende el mar; pero contrariaban su propósito los decretos del cielo y los designios de los hombres. "Parecía que un genio fatal, obstinado en luchar contra el genio de la unidad de la tierra, quisiera separar para siempre estos dos mundos, que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir"

(13). La memorable junta de Córdoba declaró, como se ha dicho, que era de todo en todo quimérico é insensato el proyecto de atravesar el Océano, en busca de nuevas regiones; y aunque los graves profesores de Salamanca, merced á los esfuerzos del benéfico domínico Fr. Diego de la Deza, aprobaron los planes de Colón (14), era tanta la tardanza, y tan escaso de recursos se hallaba, que en el colmo de la tristeza, mas sin abatirse ni un instante, aprestóse en el año 1491, á salir de España, para ir á Francia, á brindar al rey Carlos VIII, con el fruto de sus constantes desvelos. El esforzado marino se encaminó á Sevilla, para hablar, por vez postrera, con los reyes, quienes concluyeron por negarle su poderosa protección. Al salir del alcázar, el futuro descubridor del Nuevo Mundo, es fama que se dejó caer de rodillas, inundado en lágrimas, ante la imagen de la Virgen, implorando luz para los hombres y bienandanza para sus proyectos (15).

Dirigióse después al monasterio de la Rábida, cargado de crueles sinsabores, en busca de su hijo Diego, y con el propósito de despedirse del pa-

[13] Lamartine, parte 1.ª número 24.

[14] Es un hecho histórico, perfectamente comprobado hoy, que en las conferencias de Salamanca, que no fueron oficiales, sino más bien amistosas, se acogió perfectamente á Colón, y que los monjes de San Esteban, no sólo lo favorecieron, sino que lo trataron como á ilustre huésped, haciendo el gasto de sus jornadas, y apoyando sus opiniones, hasta lograr imponerlas á los doctos. Doña Emilia Pardo Bazán. "El Descubrimiento de América, ante la ciencia peninsular y americana."

En una carta dice el Almirante que, gracias á Fray Diego de la Deza, poseyeron las Indias los monarcas españoles.

[15] Historia de América, por Diego Barros Arana, página 85, tomo I.

dre Marchena y de los otros buenos monjes, que tanto suavisaran sus crueles infortunios. Jamás describirá la pluma la amargura inmensa, el dolor profundo, de aquel genio que, con visión clarísima, columbraba la riqueza fabulosa de regiones desconocidas, mientras que el desdén estólido de los llamados sabios, y el orgullo insensato de los que sólo vinculaban su gloria en matar musulmanes, calificó de temeraria y hasta herética, la empresa de lanzarse á las aguas, en pos de nueva tierra. Volvía Colón á llamar á las puertas del convento de la Rábida, llevando en su espaciosa frente las huellas que marca el desengaño é imprime la mano airada de la desgracia. Vagaba el peregrino, sin rumbo seguro, merced al oleaje de las pasiones humanas, entre la obscuridad de aquellos tiempos; y se dirigía, muerta la esperanza, al tranquilo albergue de virtud, que semejaba, con sus verdinegros olivos y relucientes granados, un oasis de paz y de ventura. A las veces el instinto guía al hombre, por modo providencial y misterioso, á asirse de la tabla de salvación, en medio del torbellino y la borrasca. Aquel célebre cenobio, blanco cual nido de aves marinas, se alzaba al borde del Mediterráneo, perfumado por olorosos mirtos y laureles en flor, sobre la cúspide de amena sierra, para ofrecer descanso al fatigado navegante que, entre el estruendo de las armas, había ido á recoger, como premio de sus afanes, estudios y meditaciones, el calificativo de insensato y temerario.

Otra vez, como el Redentor del Mundo, no sólo exclamaría, en tan amargo trance, "sed tengo",

sino que, en el colmo del sufrimiento, é inspirado por la más sublime caridad, diría también: "Perdónalos, señor, porque no saben lo que hacen"

....

No sólo perdón y olvido de tanto agravio, sí que la mayor abnegación y nobleza de alma se necesitaba, para volver al llamamiento de la ilustre reina, que contra el parecer de los doctores de Córdoba y el consejo de teólogos, hizo regresar al que le ofrecía un mundo. Era que la Providencia—otros dirían la Casualidad—dispuso en sus inescrutables designios, que fuese España la que desenvolviera la historia, revelando el Continente Nuevo. Si el virtuoso Marchena intercedió otra vez por su ilustre huésped, y encomió con calor la heroica empresa, hasta conmover á la magnánima doña Isabel, en verdad que sólo Dios pudo decidirla á no abandonar *al loco y al visionario.* (16).

Llegó Colón de nuevo al real de Santa Fe, á tiempo de presenciar la rendición de Granada, el día 2 de enero de 1.492. La unidad de España dejó de ser un sueño en la península, cuyo estandarte de rojo y gualda, de leones y castillos, no sólo flamearía en las moriscas torres, sino en las crestas de los Andes y en las elevadas cumbres del Chimborazo, del Popocatepetl y del Antisana. La excelsa reina mandó fenecer los términos del convenio, bajo el cual iría el marino genovés á

---

[16] La carta del padre Marchena á Colón, debiera estar grabada en caracteres de oro, como dice el español Don Antonio Machado y Núñez en el "Recuerdo dedicado al ilustre guardián de la Rábida"—Sevilla, 1883.

realizar el portentoso descubrimiento. El demandaba para sí y sus herederos, los honores y ventajas consiguientes al título de Gran Almirante en los mares desconocidos, Virrey en las tierras nuevas, y hacer suyos además, los diezmos de todas las riquezas ó beneficios que produjera la arriesgada expedición. Los magnates envidiosos, secundados por el arzobispo Talavera, tacharon de excesivas, y hasta denigrantes para la corona aquellas pretensiones, como si Colón hubiese pedido algo que no fuera parte de lo mismo que generosamente iba á dar. La ruindad de sus émulos regateábale el fruto anticipado de su gloriosa empresa. Interponíase otra vez el genio del mal, luchando por dejar pobre y obscuro al perínclito navegante; pero por último, después de 14 años de perenne batallar, de constancia milagrosa, de fe ardiente—cuando se empeñaban casi todos en no secundarlo, cuando ya se iba de España, á principios de Febrero de 1.492—hízolo regresar la Católica Reina, á instancia de la marquesa de Moya, Luis de Santángel y Alonzo de Quintanilla. Decidida la magnánima doña Isabel á no abandonar la ocasión de extender, por otro mundo, el espíritu cristiano, é iluminada su alma piadosa por un rayo de luz divina, exclamó, al escuchar las vasilaciones de don Fernando: ¡ Yo acepto la empresa, por la corona de Castilla, aun cuando fuere necesario empeñar mis joyas para sufragar los gastos !

Desde este momento, y á virtud de tan sublime determinación, el nombre venerando de la egregia soberana salvó el mar del olvido, y pasó

á las edades futuras, en alas de la inmortalidad. Las capitulaciones se confirmaron en Granada, el 30 de Abril de 1.492 (17). La serenísima reina aparece desde aquella fecha memorable, al lado de Colón, como la inspirada sibila que entrega al argonauta audaz la cifra del destino.

II.

En la madrugada del viernes 3 de Agosto de 1.492, salían del puerto de Palos, en las costas andaluzas, dando velas á la brisa, tres pequeñas barcas con ciento veinte navegantes. Cristóbal Colón lanzóse al inmenso piélago, sin otra ayuda que su brújula y su astrolabio. En la ribera quedaban, entre la turba de curiosos, Fr. Antonio de Marchena y otros frailes franciscanos, que compadecían ya cual huérfano, al pobre Diego, en medio de su quebranto. "Era aquella una comitiva de pésame, en vez de salutación de feliz viaje, en que había más desconsuelo que esperanza, más lágrimas que aclamaciones." (18). Al fin se perdieron, en el azulado horizonte del Mediterráneo, "La Santa María", que mandaba Colón, "La Niña" capitaneada por Francisco Pizarro, y la "Pinta" que iba á las órdenes de su hermano Alonzo. Entregóse, desde aquellos instantes, la miserable flota á las veleidades de Neptuno (19). Al tercer día de navegar, rompióse el timón de la última ca-

[17] Se le concedieron los cargos, honores y prerrogativas que había pedido. Estipulóse además que él sería el único juez en las contenciones que nacieran entre España y los países que descubriese' y se le dió el título de *don*, reservado entonces á las personas ilustres.

[18] Lamartine.

[19] Apenas costó $ 20.000, y tenía víveres para dos años.

rabela, debido á la mala voluntad de algunos de los marineros (20), que pronto vieron en aquel percance, fatal pronóstico de desgracia próxima, confirmada por las llamas del volcán de Tenerife. Había que luchar con la cruel superstición, la malicia ignara y lo incierto del líquido elemento. Salieron al fin de las islas Canarias, después de veinte días de brega, en componer las averiadas naves, no construidas para expediciones largas y peligrosas. Con dirección hácia el Oeste, navegaban en mar desconocida, lo cual comenzó á poner pavor en el ánimo de los marineros, que veían acercarse á cada instante las siniestras sombras de la muerte. El 11 de Septiembre percibieron en las olas un mástil despedazado, y acabaron con eso, de persuadirse todos de que el cielo avisábales el próximo peligro. Dos días más tarde, la brújula cambió de rumbo hácia el Noroeste, desviándose de la estrella polar cada vez más. Colón dijo á sus tripulantes que el imán perseguía un punto fijo, mientras que la estrella mudaba de lugar en el firmamento. Los marineros aceptaron la errónea explicación del fenómeno, que hasta hoy queda sin resolver.

Silbaba recio el viento de los trópicos. Era tal el mugir de las jarcias y las velas, que parecía fuesen las naves á su ruina, el día 17 de Septiembre. De repente cubrióse el mar de algas y enredaderas, que casi impedían el paso de la menguada flotilla. Contemplaron allí los cándidos aventu-

---

[20] Gómez Rascón y Cristóbal Quintero fueron los autores de tal felonía, pág. 602, t°. 1.—Cristobal Colón descubridor de la América, por Felipe González Rojas.

reros el fin del mundo, á guisa de un enorme sepulcro, cuyos bordes se encontrasen llenos de vegetación lúgubre. En su enfermiza fantasía presentábanseles, siniestros por los aires, los guardianes alados del abismo salobre, con sus aceros ígneos. La abrumadora voz de la eternidad los llamaba, al compás del ronco rebramar de las contínuas olas, hacia las frías puertas del mundo de las sombras. Opalino el cielo, turbias las aguas, encogido el corazón de aquellos marineros sin fe, que temblaban de pavor en la mar de sargazo; surgía majestuosa la divina figura del Almirante, tan serena y reposada, como aparece en el cielo, en medio de la tempestad, la luna solitaria, alumbrando las tribulaciones de tristísima catástrofe.

Fué calmando poco á poco el huracán y desapareciendo la fibrosa alfombra de acuáticas yerbas. Revoloteaban por sobre los mástiles de las carabelas, algunas blancas gaviotas, que presto se dirigían con rumbo hacia el Oeste; lo cual hizo concebir esperanzas á Colón, que debe de haber contemplado á aquellas aves, como vería Noé, desde el arca, venir á la paloma mensajera con el olivo de la paz. Empero la navegación se hacía interminable, los marineros creíanse perdidos en aquellas latitudes, y esperaban por momentos, que las barcas se hundieran en los recónditos escollos del anchuroso piélago, si tentaban por más tiempo á Dios, queriendo penetrar en lo infinito de la extensión desconocida. Maldecían al loco aventurero que los había engañado, y, en su desesperación, intentaban que volviese á España, ó sumergirlo sin piedad en el mar (21). Colón logró

[21] Petrus Martirys ab Anglería. De novo orbe ect. Decada I. Libro I.

calmarlos, mostrándose siempre impávido, y dirigiendo sus ojos al horizonte y al cielo, cual si esperara pronto poner término á tan aflictiva situación. Renació, sin embargo, la desconfianza y el miedo. Los apocados tripulantes volvieron á ver surgir las frías sombras de la muerte, de entre las inacabables aguas de la tenebrosa mar. Agolpóse la chusma al castillo de popa, en donde el genovés se hallaba embebecido, escrutando, con anhelosa vista, el Occidente. En són de rebeldía, repitió la plebe sus quejas, que al fin fueron apaciguadas, al exclamar el invicto jefe: ¡La expedición preparóse por la Reina de Castilla, para buscar las Indias, y moriré primero, que regresar sin honra! ¡Adelante! ¡Adelante! (22)

Los tripulantes ansiaban por descubrir la tierra, más para verse en salvo, que por obtener la pensión de treinta escudos, que al salir de España se les ofreciera. El día 7 de Octubre "La Niña" adelantóse á las otras carabelas, y al amanecer se hizo lucir un gallardete en el tope del mástil, al disparo de una lombarda. Los navegantes se conmovieron profundamente, y buscaban con ojos linces la costa apetecida; pero á pesar de su anhelo, y después de avanzar por muchas horas, persuadiéronse, al caer la tarde, que todo había sido vana

---

[22] No se ha consignado aquí el pasaje que Oviedo y Robertson popularizaron, de que Colón pidió tres días á los amotinados marineros para volver á España, si no descubría tierra; porque no puede estimarse histórico dicho pasaje, sino novelesco, con vista del Diario del descubridor, y las razones que aduce, á la página 285 del tomo I, la historia monumental de la vida de Colón, por don José María Asensio, y César Cantú, en el tomo X. página 354. Edición de Gaspar y Roig — 1870.

ilusión, producida por las sombrías nubes y arreboles. El día 11 de aquel mes, se vió un junco verde, junto á la carabela "Santa María"; los marineros de "La Pinta" divisaron una tabla y un madero labrado, mientras que los de "La Niña", recogieron un ramo de espino, con majuelías coloradas y frescas. Los alcatraces y pardelas denotaban la costa próxima. Más cálida y suave traía la brisa en sus alas, efluvios misteriosos de ceibas y palmeras. Colón cambió de rumbo al Suroeste, siguiendo el vuelo de los pájaros y las instancias de Martín Alonzo Pinzón, que le decía haber observado los portugueses esas señales en sus descubrimientos. Jamás, exclama Humboldt, el vuelo de las aves tuvo mayores consecuencias. Sin semejantes desviaciones, los españoles hubieran descubierto la Florida, y fundado sus colonias en aquella parte del Continente (23).

Mientras que el Almirante, cuyo destino fuera más combatido por las pasiones de la tierra, que azotados los flancos de sus naos por las olas airadas del insaciable mar, permanecía de pie en el castillo de popa, oreada su frente por brisa tibia y olorosa, el corazón henchido de mágica esperanza, y la vista fija en el sombrío horizonte, columbró á estribor una chispa movediza, cual si fuese antorcha que alumbraba, en lontananza, chalupa de pescadores (24). Para cerciorarse más, llamó á Pero Gutiérrez y Rodrigo de Segovia, quienes ora miraban aquella rojiza claridad y ora la per-

[23] Cosmos, tomo II, página 319.

[24] Bancroft, volume VI, History of Central America, page 160. Columbus and his discovery.

dían por completo. De repente resonó en los aires el magnético grito de ¡Tierra! ¡Tierra! que Rodrigo Sánchez de Triana lanzó desde "La Pinta", al disparo de una lombarda, para noticia de las otras naves. Amainaron las lonas, y al pairo, hubieron de esperar la madrugada, á fin de maravillarse con lo que las sombras obscurecían, por breves instantes, después de más de dos meses de peligros y congojas......... ...

La tierra nueva quedaba descubierta, en aquella noche bendita del 11 de Octubre de 1492, que puede compararse á la santa noche del portal de Belén. "Revelóse á todos en la una el espíritu, y revelóse á todos en la otra el universo. Fué allí redimida el alma; fué aquí redimida la naturaleza. Entramos en posesión de nuestra conciencia por la una, y entramos por la otra, en posesión de nuestro planeta. Noche de revelación, de fe, y por lo mismo de milagros, la noche del portal de Belén, ha llegado su culto á las últimas clases del pueblo; noche de ciencia, de cálculo, y por lo mismo perteneciente á los caracteres más positivos de la humanidad, la noche de Colón queda todavía en el calenderio de los sabios y en el recuerdo de las gentes superiores" (25).

Vino la luz, en brazos de la aurora, entre destellos de nácar y zafiro; la luz ansiada por Colón, en sus obscuros años de azares y de lucha, á alumbrar la escena más sublime que han presenciado las edades. La turba impaciente y descreída, que poco antes vociferaba rebelde, ahora de hinojos

[[25] Castelar.

al derredor del genovés ilustre, ante cuya mirada de cielo se extendía la nueva naturaleza, provocativa y fecunda, como el seno de odalisca voluptuosa; lozana y exuberante, como el primitivo edén. Las grandes hojas de los árboles, las odoríferas flores, los arroyos con arenas de oro, serpenteando en eternal verdura, las gayas aves, que reflejan en sus plumas los colores del arco iris, en medio de los bosques umbrosos, y los hombres de cobrizo color y acerados músculos; se dejaban ver en aquella comarca, que, cual nereida fabulosa, se alzó de repente, en medio de las caricias de un mar azul, sereno y sin sombras (26). Isla de hechizos, con lábaros de plátano y áureos ipiles; colgada de granadillas, corozos y mameyes; guarnecida de enhiestos cocoteros; mostró á los estupefactos navegantes la zona tropical, entre tintes de primavera, con explendente flora y magnífica fauna. Chilla inquieta la roja guacamaya; esponja su ropaje el pavo agreste; lanza notas divinas el censonte; salta de rama en rama el tinto cardenal; y zumban miriadas de insectos, formando todo, rumores de creación, gorgeos de nido, palpitante himno de vida, armonía celeste de tierra paradisiaca (27).

---

[26] Era, dice el P. Las Casas, como una huerta, llena de arboleda verde y fresquísima.

[27] Los geógrafos é historiadores no están de acuerdo sobre cual haya sido la primera tierra descubierta por Colón. Don Patricio Montojo, capitán de navío de primera clase, dió una conferencia en el Ateneo de Madrid, á principios de este año, en la cual demostró, con abundancia de argumentos, que la opinión fundada, es la sostenida por don Juan Bautista Muñoz, sabio americanista contemporaneo que, en su "Historia del Nuevo Mundo", señala la isla Guanajani, como la primera que, allende el mar, pisó el inmortal descubridor.

El eximio descubridor, con traje de púrpura, llevando en una mano el estandarte real y en la otra su invicta espada, bajó á aquella soberbia isla, en unión de los demás capitanes y de numeroso séquito. Se alzó en alto un crucifijo, besaron el suelo americano, é hincadas las rodillas y las almas en éxtasis, dieron fervientes gracias al Supremo Hacedor, por el feliz éxito de su peligroso viaje. Al volver los ojos al cielo, quemante lágrima surcó la tostada faz del valiente marino.

El pensamiento de su existencia se había realizado.

¡ El loco visionario era un profeta !

III.

Cristóbal Colón, en nombre de los monarcas de Castilla, clavó el estandarte de España en la tierra nueva, llamada Guanahaní, por los naturales y "San Salvador," por el Almirante, en recuerdo y testimonio de haberlo allí protegido muy señaladamente la Divina Providencia.

Tierra asiática presumía el descubridor que era la que pisaba, y pensó que avanzando hácia el Occidente encontraría comarcas más ricas y civilizadas. Desde el 14 hasta el 24 de Octubre, fué descubriendo otras islas, por ese rumbo, nombradas "La Concepción," "Isabela" y "Fernandina." Sus habitantes, salvajes todos, dieron acogida benévola á los españoles, sin sospechar siquiera que aquellos hombres barbudos, *bajados del cielo,* como ellos creían, llegaran más tarde á conquistar, á fuego y sangre, los hogares de sus padres. Era sorprendente la vegetación del suelo; pero no abundaba

el oro, que, con religiosa codicia anhelaba Colón acumular, para poder redimir el santo sepulcro (28). Los aborígenes le indicaron que del Sur se traía el rico metal, y en mérito de semejante propósito, hubo de hacer rumbo con dicha dirección.

Después de navegar algunos días, y á la entrada de un grandioso golfo, columbró entre espumas blancas—cual si fuesen plumón de cisne, guarneciendo el palpitante pecho de encantadora ninfa—larga tira de tierra, arrancada del Continente, en el más delicioso estremecimiento de amor, al engendrarse el planeta. La creación se ostenta allí pujante y próvida. La luz brilla mejor y con destellos purísimos, al través de una atmósfera trasparente y serena, que vuelve más blancos los nardos y rojas las amapolas. Las palmeras reales, con sus agrestes abanicos, templan el calor de vida que hace brotar, con voluptuosa languidez, *aguinaldos* que presto mueren y rosas que seca el sol. En las areniscas márgenes de caudalosos ríos, anchos, hinchados, soberbios, pósanse melancólicas las nevadas garzas, cual si huyeran del ruido de las canoras aves, que habitan en las selvas. Al revolotear el *zumzum y el colibrí* parecen piedras preciosas, con átomos de luz en el plumaje. La abundancia de la sabia circula violenta en la vegetación, como circula la sangre joven, en plena pubertad. Entre seculares ceibas, orladas de preciosas orquí-

]28] Inspirado por las cruzadas, Cristóbal Colón conservaba los últimos reflejos del bélico espíritu religioso de las guerras medievales. "Los reyes (dice el descubridor en su Diario) podrán antes de tres años, preparar la conquista de la Tierra Santa, pues ya he manifestado á vuestras altezas el deseo de ver los productos de mi empresa, empleados en conquistar á Jerusalén."

deas, que destrozan los chillones loros y tenaces picamaderos, elévanse abetos altísimos, cactos enormes, helechos arborescentes, caobas enhiestas, airosos tamarindos, arrayanes odoríferos, acederas gigantes, é innumerables árboles más, que entrelazados por enormes bejucos, que calman la sed del que se interna en aquellos laberintos, semejan ora una gótica bóveda, ora graciosos arcos, ora obeliscos atrevidos, ora romanas cúpulas, ora encajes orientales, ora broqueles caprichosos, ora, en fin, formas de encantados palacios y mansiones de hadas, con alfombras de *jagüey*, *anserinas* y violetas silvestres, que sirven de lecho nupcial á las torcaces palomas y á los bulliciosos *tomeguines*. En el confín de la pradera, se mueven blandamente los penachos del maíz, sobre sus corvas y lustrosas hojas, semejando un regimiento de rubios plumeros y alfanjes turcos. Las lomas multicolores, con indecisos reflejos, y los altos montes, con misteriosas sombras, circundan aquel lindo panorama, de tan varios matices, como indescriptibles armonías. (29).

¡ Era Cuba, la perla del mar, la estrella del Océano, el atalaya que puso Dios en las Antillas, como para guardar la América Central, con áurea llave, á fin de que en el tiempo, llegue á ser el corazón del mundo y el emporio de la civilización y del progreso ! (30)

[29] En su Diario, Cristóbal Colón alaba entusiasmado la belleza de Cuba, y lo mismo hace Fernando, su hijo, en el capítulo XXIX de la "Vida del Almirante."

[30] Los indios le llamaban Cuba. Colón dióle el nombre de *Juana*, en conmemoración del Príncipe don Juan, á quien servía su hijo. Tiene la isla 600 millas de largo, en la parte más angosta 21, y 111 en la más ancha. "Hand book of the American Republics." 1891, pag. 294.

Maravillábase el Almirante de la magnificencia y grandeza de aquella zona, que creyó fuese la punta oriental del Asia; pero dolíale en extremo el traidor é ingrato proceder de sus miserables capitanes subalternos, quienes impulsados por la envidia, y celozos de que un oscuro extranjero, alcanzara de repente tanta gloria, causábanle amargas desazones y hasta le negaban obediencia. Destino triste, en verdad, el de la humana especie; parece que el contento y el sosiego, que forman la verdadera dicha, huyen del héroe y del sabio, dejándolos sumergidos en un mar de decepciones. La aureola luminosa que la historia les reserva, fué para ellos, mientras vivieron, punzadora corona de espinas, tejida por la desgracia inclemente y las ruines pasiones mundanales.

Empero, volviendo á aquella ostentosa tierra, que el esforzado navegante acababa de descubrir, cumple indicar aquí, que, aunque, en otros siglos había sido uno de los centros de relativa civilización que tuvieron los indios, cuando llegaron los españoles, ya había pasado su período de explendor (31). Dulce de carácter los aborígenes, sacrificaban, sin embargo, humanas víctimas á sus deidades, por ser ellos fanáticos adoradores de sus ídolos; vivían en chozas de paja; eran amantes del canto y de la danza; andaban desnudos; se pintaban de colores el cuerpo y la cara, y componían areitos ó mytotes, que constituían sus canciones populares (32). Cultivaban el maíz, tal como hoy se cultiva en América, y hacían uso del tabaco, cuyo humo

[31] Pi y Margall "Estado general de América, al tiempo del descubrimiento."

[32] Apuntes para la historia de Cuba primitiva, por Fernando Valdés y Aguirre. París 1859, Votán, Zamma, civilización de Cuba, pág. 39. Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano, por Antonio de Herrera, Madrid 1730, década I. Libro 8o. capítulo 4o. pág. 211.

aspiraban por placer. En cambio, los españoles encontraron muy poco oro en aquella isla, sin sospechar que la preciosa planta que fumaban los indios, había de tener después un crecidísimo valor, en el comercio de los pueblos cultos, y gran importancia entre los más refinados caballeros.

Como Colón tuvo que carenar sus buques, envió mientras tanto, á algunos españoles al interior de Cuba. Volvieron encantados de las bellezas que habían visto, y refirieron al Almirante la buena acogida de los naturales, quienes vivían en tribus menos rudas que las de San Salvador. Resolvió Colón recorrer aquel país, tan favorecido de la naturaleza, y cerciorarse más, acerca de si existía en abundancia el oro. Sorprendidos los isleños de la avidez con que los europeos lo buscaban, les indicaron que, en dirección al Este, había una tierra, por ellos llamada Haití, en donde á manos llenas hallarían el precioso metal. Martín Alonzo Pinzón, de carácter duro y ambicioso, desde su juventud, concibió el proyecto de descubrir la tierra de las riquezas. Hubo de abandonar, con tal objeto, á Colón, separando "La Pinta" del resto de la flotilla, y viendo con desprecio las señales que le hacían, para que siguiera las otras naves (33). ¡ Lástima que tal acto de codicia é

[33] Este proceder vituperable, se verificó el miércoles 21 de noviembre, y es un hecho histórico, comprobado perfectamente por don Juan B. Muñoz, Washington Irving, Antonio de Herrera y otros muchos historiadores. La defensa ingeniosa por demás del reputado americanista don Cesáreo Fernández Duro, en favor de Pinzón, la revate victoriosamente don José María Asensio en las pags. 344 y siguientes del tomo I de su magnífica obra "Cristóbal Colón, sus viajes, su vida sus descubrimientos."

indisciplina, manche la varonil entereza, la actividad y la arrogancia, que hacen tan simpático al célebre marino español, cuyo valioso contingente tanto contribuyó al descubrimiento del Nuevo Mundo! (34)

Esta deserción vino á cambiar los planes del Almirante, quien, en espera de que se le reuniese "La Pinta," lentamente navegaba por aquella costa. El 5 de Diciembre avistó Haití, isla á la que puso el nombre de "Española." Sus habitantes salían despavoridos por los bosques, hasta que, habiendo los europeos alcanzado á una hermosa joven, y agasajádola con obsequios de cuentas y abalorios, ella les contó cuan buenos eran aquellos hombres blancos, que de súbito habían aparecido. "Venid, venid, decíanse los unos á los otros, á ver la gente del cielo." Estaba esta región bajo las órdenes de un cacique, de nombre Guacanagari, que recibió y trató cordialmente á los recién llegados. Se disponía Colón á dirigirse al punto de la isla, en donde abundaba el oro, que los naturales llamaban Ciba, y que él creía ser Cipango ó Cathay, cuando acaeció un desastre lamentable. La mar estaba azul y serena, reflejando las vívidas estrellas del claro cielo de los trópicos, mientras el Almirante se retiró á descansar por pocas horas á su camarote. Descuidóse un grumete, que provisionalmente gobernaba el ti-

[34] "Sin Pinzón—resulta de la conferencia de Fernández Duro—[y las mismas corrientes de pensamiento habían predominado ya en la de Cánovas] ni el equipo y armamento de las carabelas, ni el descubrimiento mismo se hubiera obtenido entonces." Emilia Pardo Bazán—"El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y Americana."

món de la Capitana, y estrellóse la carabela contra una roca, abriéndose cerca de la quilla, hasta inundarse de agua, con tal presteza, que su pérdida llegó á ser inevitable. Colón conservó la serenidad de ánimo, en medio de la catástrofe, y gracias al oportuno auxilio de "La Niña" y á la actividad de los indios, que acudieron á socorrer á los náufragos, salváronse el Almirante, la tripulación y los objetos de más valor, que contenía la nave.

Difícil era el estado de las cosas el 24 de Diciembre. La flotilla quedaba reducida á un solo buque, maltrecho y viejo. Pensaba el infeliz genovés que Pinzón, con rumbo hacia España, había ido á dar la nueva de los descubrimientos y á reclamar las mercedes acordadas por la corona.

Aquella *noche buena*, como la cristiandad apellida á la noche del nacimiento de Cristo, fué noche de terribles angustias para el pobre marino. La luna pálida y triste alumbraba los despojos de "La Santa María," y dejaba ver la faz atribulada de Cristóbal Colón, en extremo dolorida, por las deslealtades de los hombres y los reveses de la suerte; mientras que los buenos y caritativos indios ofrecían ayuda y protección á los que más tarde fueran sus conquistadores. Guacanagari derramaba lágrimas de dicha, por haber contribuido á salvar al cacique de los blancos, sin presumir que el rubio ibérico vendría después, con el relámpago y el trueno en sus manos, á teñir de sangre las puras linfas de aquella nueva tierra (35).

---

[35] *Xequijel*, río de sangre, en lengua quiché. Tomó este nombre á consecuencia de una batalla entre españoles y tlascaltecas, contra los quichés. Dicen que sus aguas se tiñeron de la sangre derramada.

La situación embarazosa en que había colocado á Colón la partida de la "Santa María," lo decidieron á aprovecharse del ofrecimiento de Guacanagari, para dejar en la isla una parte de su gente. El cacique creía tener en los españoles eficaz auxilio contra los caribes, que de tiempo en tiempo venían, de las islas vecinas, á cometer horribles depredaciones en sus dominios. Colón construyó, en pocos días, un fortín, primer monumento que los europeos levantaron en suelo americano, dejando allí los cañones de la perdida carabela. Quedó aquella fortaleza, llamada *Navidad*, al cuidado de cuarenta infantes, bajo las órdenes de Diego de Arana.

El 4 de Enero de 1493, partió el heróico Almirante, con rumbo á España, llevando en el único barco que le quedaba, y que era el más pequeño y viejo, algunos indios y muchos productos naturales de los lugares que había recorrido. En su camino encontró á "La Pinta," y fingió creer los fútiles pretextos con que Pinzón quiso paliar su fuga. Volvía el Almirante á Europa, en la creencia de que acababa de descubrir la extremidad oriental del Asia. Cibao, según él, era Cipango, (Japón, al decir de los antiguos geógrafos) y Cuba era Catay ó China. ¡Anomalía rara; á pesar de ser falsas casi todas las teorías y creencias científicas del descubridor, lo condujeron á grandes resultados, cual si hubiesen sido verdaderas! (36).

El 13 de Enero, cuando ya iban juntas "La Niña" y la "Pinta," sobrevino una tespestad, que

---

[36] Bancroft, volume VI, page 232.

puso en inminente peligro á aquel puñado de mareantes. Obscurecióse el cielo, hincháronse las olas, desplomándose rápidamente, cual montes de agua y espuma, sobre un fondo negro, como el abismo, é iluminado de repente por la electricidad, en vertiginosa confusión. El Almirante hizo esfuerzos supremos; pero al fin, llegó á perder toda esperanza. En tan amargos instantes, consignó la descripción de sus descubrimientos en dos pergaminos, uno de los cuales arrojaron al mar, en un tonel calafateado, y el otro quedó en la carabela, para que, en el momento del naufragio, flotase sobre el agua. La Providencia, no obstante, velaba desde lo alto, por aquellos aventureros que debían volver al antiguo Continente, á asombrar á los reyes y á los pueblos, con la relación de las maravillas que habían encontrado. Calmó el viento, tranquilizóse el enfurecido piélago, brilló la luz, en risueña alborada; y el 15 de Febrero vieron la isla de *Santa María*, una de las Azores, llegando á principios de Marzo á las costas europeas, cerca de la desembocadura del río Tajo. Aspiraron al fin los audaces marinos, las brisas de aquel Continente, como se aspira la vida, al salvarse de las garras de la muerte. Pudo el Océano cubrir, con manto de espuma, la tumba de Colón; pero el destino lo había reservado para revelar el globo terráqueo, en los comienzos del Renacimiento, sobre las ruinas medievales.

IV.

El viernes 15 de Marzo del año 1493, notóse grande agitación en el pequeño pueblo del puerto

de Palos. Agolpábanse sus moradores á la orilla del mar, columbrando una barca, mecida por las olas, en el claro horizonte. Era "La Niña", que regresaba, siete meses y medio después de su salida, al mismo lugar en que había desplegado sus velas, con nuevos derroteros.

Cuando Colón puso pie en tierra, hombres, mujeres y niños lo contemplaban con admiración profunda. El perínclito navegante, se arrodilló en la playa, y después de besar la mojada arena, levantó los ojos al cielo, con sublime expresión de gratitud, murmurando sus labios temblorosos una ferviente plegaria. Fr. Antonio de Marchena y Fr. Juan Pérez, con lágrimas de alegría, recibiéronlo en sus brazos, mientras que los religiosos franciscanos victoreábanlo, al són de las campanas y de las músicas del pueblo. "La Pinta" llegó pocas horas después, á pesar de que había Pinzón empeñádose en ser el primero en arribar á España. (37)

Al saber los reyes la llegada de Colón, le escribieron desde Barcelona, un mensaje, en cuyo sobre se leían estas líneas: *"A don Cristóbal Colón, nuestro Almirante del mar Océano, Virey y Gobernador de las islas descubiertas en las Indias."* A mediados de Abril hizo su entrada de triunfo el célebre descubridor, en la ciudad condal. El tiempo era sereno y luminoso. Los árboles tenían ya tempranas hojas, y los parques nacientes flores. La multitud entusiasmada salía en tropel á rendir culto al grande hombre. Caían á sus piés guirnaldas tejidas por aristocráticas ma-

---

[37]—Muñoz—Historia del Nuevo Mundo, libro IV, pág. 150

nos. Ningún emperador antiguo, al volver triunfante á la capitolina metrópoli, recibió jamás tan entusiastas como espontáneas manifestaciones. Las sangrientas sombras de los mártires, que se cernían por encima de las cabezas laureadas de los Alejandros y los Césares, eran en la entrada de Colón, querubes celestes, que revoloteaban ansiosos por esparcir siemprevivas é inmortales sobre la blanca cabellera del que había revelado los secretos del *tenebroso mar.* Todos se daban traza de ver á aquél, que *tan grande fazaña había fecho, con mucha alegría de la christiandad.* (38) Al frente de la comitiva, iban seis indios, casi desnudos, pintados de colores, con aretes de oro y collares de piedras preciosas; los marineros venían á seguida, llevando plátanos, palmas, enormes helechos, piñas y otras frutas, nunca vistas en el antiguo mundo; después seguían los esclavos, cargados de loros, guacamayas, pavos de la India, iguanas y muchos más animales raros; y por último, aparecía el genovés incomparable, montado á caballo, entre selecta cohorte de apuestos caballeros ¡En aquellos embriagadores momentos, cuán lejos estaba el eximio marino de figurarse que, poco después, volvería á España, con grillos en el cuerpo y acerbos duelos en el alma!

En el soberbio palacio de los reyes, bajo magnífico dosel de brocado de oro, escoltados por la nobleza castellana, aragonesa, catalana, andaluza, valenciana y gallega, todos de gala y luciendo ricas joyas, se hallaban sentados los Católicos Mo-

[38]—Herrera, Historia General de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales, Década I, Libro II, Cap. III.

narcas, las frentes ceñidas con sus coronas, y revestidos de los demás atributos de la soberanía. Al penetrar Cristóbal Colón en aquel recinto, en medio de la pompa inusitada y del silencio mudo, hubo un instante de misterioso, magnético estupor. El Almirante del Océano y de las invenidas tierras, púsose trémulo, y una lágrima, de sublime contento, goteó de sus ojos, dilatados por la dicha. Los reyes inconscientemente se pusieron de pie. El quiso hincar la rodilla y besarles la mano, á estilo de la etiqueta del siglo XV; pero don Fernando y doña Isabel no permitieron semejante testimonio de vasallaje, tributado por el maravilloso nauta, que volvía de un mundo sobrenatural, con raros dones y nunca vistas preseas. Hiciéronle sentar enfrente al trono, honor que jamás se había discernido á mortal alguno, en aquella poderosísima corte. Todas las miradas ansiosas escrutaban al excelso marino. Por último, refirió, con sencillez seductora y expresión elocuente, su peligroso viaje, y la magnificencia, riqueza y esplendor de la tierra descubierta. Exhibió los indios que había traído, y ellos miraban á su derredor, sin comprender cuanto pasaba. Lo grandioso del acto, lo solemne de la ocasión, lo arrobador del lenguaje del navegante inmortal, hizo llorar á nobles y á pecheros; hizo agolparse á los ojos de los monarcas españoles lágrimas de gratitud hacia Dios, que había abierto el vasto Océano á las escuadras de España y las nuevas tierras á las conquistas de la civilización. Por impulso irresistible se hincan todos, y resuenan las piadosas

notas de un solemne Te Deum, entonado por los cantores de la capilla real.

¡El día 2 de Enero de 1492, el rey moro Boabdil, presentó las llaves de Granada á los reyes Católicos; el día 15 de Abril de 1493, les entregaba el Almirante del mar Océano las llaves de la América!

¿Quién había de decir entonces, que la expulsión de los judíos de la península, y los dominios de las Indias, llegaran á ser causa directa de la ruina de España? La ciega intolerancia y el absurdo sistema colonial, empañaron la radiante aurora de esas dos memorables fechas de la historia ibérica. Bien que en aquellos siglos no podía esperarse otra cosa de las ideas predominantes; ni sólo España pagó tributo á la obscuridad y al error de antiguos tiempos. Es por eso por lo que hoy, al través de las edades, se rinde culto á Cristóbal Colón; y como vislumbre entre las tinieblas del pasado, surge en los altares que levanta el progreso actual á la libertad y á la ciencia. Es por eso día de fiesta, en la liturgia americana, el día en que el inmortal descubridor, rompiendo el velo del mar, mostró la virgen América á las codiciosas miradas del Viejo Mundo.

Pero, aparte toda digresión, es oportuno apuntar aquí que, por aquel entonces, era el Papa dispensador de cetros y coronas. Cuando lo creía conveniente, él desligaba á los súbditos del juramento de fidelidad hacia los reyes, con lo cual tornábase legítima la rebelión, toda vez que prevalecía el principio de que el poder público, ó sea la soberanía, era de derecho divino. A la sazón

del descubrimiento de *América*, que recibió el nombre de *Indias*, ocupaba la santa sede Alejandro VI, español de nacimiento, y ligado con el rey D. Fernando por relaciones políticas. El 3 de Mayo de 1493, se publicó una bula pontificia, por la que se concedía á los monarcas castellanos, en las regiones nuevamente halladas, los mismos derechos, privilegios é indulgencias, que habían sido otorgados antes á los portugueses. A fin de evitar toda disputa entre ambos países, el Papa determinó al siguiente día, por otra bula, que los españoles fuesen dueños de todo lo que conquistasen al occidente de una línea imaginaria de un polo á otro y á cien leguas al Oeste de las islas Azores. Los portugueses conservaban su derecho al Oriente de tal demarcación, que pasaba por la longitud en que el Almirante había visto el mar cubierto de yerbas, notando las variaciones de la brújula, y que, según él, dividía el planeta en dos climas diferentes. (39)

No satisfecho Don Juan II con aquella línea, entabló negociaciones diplomáticas, mientras que los monarcas de Castilla y Aragón activaban los preparativos de un nuevo viaje. No obstante el entusiasmo que los descubrimientos inspiraban y el poderío de los monarcas iberos, era por entonces todo tan lento y difícil, que hubo de retardarse la expedición durante cinco meses. Aprestáronse diez y siete naves, tres de ellas carracas de alto bordo, y todas con una tripulación de mil quinientas personas, que llevaban víveres, caba-

---

(39) Humboldt, de la geographie du nouveau continent, tome III, page 64. Id, Tableaux de la nature, to. I, page 84.

llos, vacas, ovejas, cerdos, cabras, gallinas, herramienta de todo género y semillas diversas. Acompañaban á Cristóbal Colón, su hijo Diego, el célebre fray Juan Pérez, en calidad de astrónomo de la expedición y el erudito fray Fernando Boil, monje benedictino, que iba con el cargo de Vicario Apostólico. (40)

El 23 de Mayo de 1493 creóse en Sevilla un centro colonial de administración, que alcanzó extensa celebridad. En una parte principal del antiguo alcázar musulmán, se estableció la Casa de Contratación de Indias (41). Erigióse un Consejo especial, presidido por Don Juan Rodríguez de Fonseca, Consejo llamado á intervenir en todos los asuntos de allende el mar; y que más estorbó que ayudó al Almirante del Océano, á llevar á cabo sus propósitos. Cundió la envidia y el celo de los pobladores de otros puertos y provincias de España, por el auge inmenso que tomara la capital andaluza; y toda aquella tempestad sorda, que los opuestos intereses hicieron levantarse, llegaría en un momento, á herir la soberana cabeza del inmortal descubridor de aquel Mundo Nuevo, que con el nombre de América, dos veces usurpado, había de pasar á las edades futuras.

[40] Véase el libro titulado "Fr. Juan Pérez de Marchena," por José J. Valenti, cuya opinión siguen algunos al afirmar que Juan Pérez vino á América. Otros acreditados historiadores niegan ese hecho. Hoy se ha puesto en claro que Fr. Antonio de Marchena y Fr. Juan Pérez fueron sujetos distintos, aunque confundidos por antiguos escritores, que le llamaron, como el que se acaba de citar, Fr. Juan Pérez de Marchena.

(41) Bermudes. Crónica de los reyes católicos, cap. CXX, tomo I,. pag. 239.

Las repúblicas italianas, lejos de envanecerse con la gloria del genovés ilustre, no atribuían importancia á su descubrimiento; Barcelona, que lo recibió con entusiastas vítores, apenas había de guardar en sus archivos, detalles de los viajes de Colón; porque lo único que en el siglo XV se les alcanzaba á las ciudades comerciales del Mediterráneo, fué que el tráfico del mundo tomaba otro camino. Era tan grande y trascendental el hallazgo de la mitad del planeta; serían tan importantes las consecuencias sociales, políticas y mercantiles de aquel hecho incomparable, llevado á cabo, sin saberlo, por un inmortal marino, que los coetáneos del célebre suceso, no eran capaces de medir, ni sospechar, toda su excelsitud. Cristóbal Colón, no soñó siquiera haber revelado otro Continente; y con todo y la alteza de su genio, no pudo presentir que el descubrimiento de América haría la unidad material de los hombres y la unidad moral de sus destinos.

V

A la madrugada del 24 de Septiembre de 1493, resonó el cañonazo de leva en la nave capitana de la escuadra. El eco de aquella señal de partida conmovió todos los corazones. Noble, majestuosa, inmóvil, veíase la figura de Colón sobre el castillo de popa de la *Marigalante.* Al poco rato, las velas blancas se perdieron en lo azul del mar. En los primeros días de Octubre tocó la flota en las Canarias, donde aumentó su provisión de víveres y de agua. El 3 de Noviembre, después de feliz navegación, y á los primeros destellos del

crepúsculo, vieron en frente de proa una isla rica en añosos árboles y de escarpadas sierras. Llamáronle *Domínica*, por ser domingo aquel día, y era *La Española*, ó *Quisqueya*, en donde habían dejado el fuerte de Navidad. A la derecha vieron otra isla bautizada por Colón con el nombre de su carabela. En seguida, rumbo al Norte, descubrió *la Guadalupe, la Antigua* y *la San Cristóbal*, á las cuales denominaron islas *del viento*. Los habitantes eran antropófagos, y adornaban sus cabañas con los restos de bárbaros festines.

En la embocadura del río, que llamaron *de Santiago*, botó sus anclas la flota, y fueron algunos á explorar la tierra, mientras que otros, en barcas pequeñas, remontaron la corriente de agua dulce. Varios cadáveres humanos flotaban en las ondas, con sogas al cuello ó lazos de esparto en los pies, cual si hubieran sido arrastrados allí por los indígenas. Debían de ser españoles los muertos, á juzgar por la barba y otras señales que mostraban. Lúgubres presentimientos se apoderaron entonces de los ánimos de los marinos; presentimientos que nunca hubieran podido superar á la realidad. Era triste la noche, y una ú otra estrella, como fúnebre blandón, daba al negro Océano amarillentos reflejos. De repente una canoa, tripulada por seis indios, demandó á gritos ver al Almirante. Confusas y contradictorias noticias dieron de los cristianos que habían quedado en aquel paraje; pero, á la luz de la aurora, pudo verse pronto que el fuerte levantado por los españoles había sido demolido y que los aborígenes, provocados por las violencias y desafueros de

sus huéspedes, habían acabado con todos ellos. La rabia de los indios no tuvo límite al ver robadas sus mujeres y maltrechos sus hijos por quitarles el oro. Guacanarí y sus vasallos, tan benévolos antes hacia los extranjeros, recibiéronlos esta vez, con mal disimulado encono y justo recelo. (42)

Después de algunos reconocimientos, halló el Almirante en aquella costa, un paraje que le pareció adecuado para fundar una colonia. Estaba como á diez leguas de Monte-Cristi; al Este, entre dos ríos, cuyas aguas fertilizaban las vegas, dándole perpetua verdura y notable exuberancia. El día 6 de Enero de 1494, Pascua de Reyes, se dijo la prime:a misa, en provisional ermita de la recién fundada colonia. Los peores auspicios presidieron á su establecimiento. Presumían los ambiciosos españoles que hubiera allí mucho oro; y al ver que no resultaba tan rica aquella zona, y que ellos mismos tenían que trabajar materialmente para construir trincheras, decayó su brío y se lastimaron sus ínfulas señoriles. Algunas enfermedades que afligieron á sus colonos, ya por el cambio de clima ó por sus propios desarreglos, y el notar que los víveres embarcados en Cádiz habían sido de mala calidad y no tan abundantes como se creyera, fueron parte también á causar irritación y desaliento á aquellos hombres que se hallaban tan lejos de la festiva Andalucía.

El 2 de Febrero de 1494, zarparon de *la Isabela* (que era el nombre de aquella colonia) doce na-

[42] Bermúdez. Crónica de los reyes católicos, capítulo CXX. omo I, página 293.

ves, llevando á España noticias de los descubrimientos, y algunas muestras de las riquezas encontradas. Enfermo Cristóbal Colón, y retenido en su lecho, iba á ser víctima de un bochinche fraguado por Bernal Díaz de Pisa, con el fin de volverse todos á su nativo suelo; pero descubierto el conato sedicioso, fueron castigados los más culpables con la pena de la vida, y, por respeto al rango del cabecilla, se le puso á bordo de un buque, para que se le juzgase en España. La moderación con que procedió el Almirante, no fué suficiente á evitar que sus enemigos entonces lo culparan de cruel y de severo. Ni hoy mismo faltan quienes, en el deseo de suavizar el sombrío y terrible color que tiene en la historia la persecusión de que después fué víctima el célebre navegante, traten de arrojar sobre su memoria hechos que mancillarla pudieran. Empero, está muy por encima de esas pasiones bastardas, la noble figura del inmortal descubridor, para quien, la gratitud de los hombres y la mundana gloria, no alcanzan todavía á ser suficiente galardón.

Háse dicho que la atroz codicia y la inclemente saña de los conquistadores fueron crimen del tiempo; y así y todo, hoy han sonado voces de inculpación y agravio, en ateneos y círculos, contra el genovés ilustre; porque castigó á unos pocos culpables de sus amotinados subalternos, para restablecer la disciplina. Lo que á fines del siglo XIX, cualquier Almirante haría, hasta por deber, se tacha en el siglo XV, en són de vituperio, y cual si no hubieran sido los aventureros castigados, revoltosos ruines, de condición férrea y de mala barata.

Después que Colón creyó remediado el peligro, y que no sobrevendrían nuevos movimientos, se dirigió al interior de la isla "*Española,*" con el fin de hallar riquezas, é imprimir así vigor á los desfallecidos ánimos de sus secuaces. Encontró, en efecto, buenas minas; pero cuando estuvo de regreso en la colonia supo con inmensa pesadumbre, que la falta de provisiones y las enfermedades sufridas, habían fomentado hasta lo sumo el descontento general entre los españoles; y que, por otra parte, los indios, á quienes Margarit quería forzar al laboreo de los metales, intentaban sublevarse. Por fin logró el Almirante, merced á su constancia y energía, restablecer la tranquilidad, y poder continuar en busca de nuevas tierras.

Dejó el mando de la Isabela á su hermano don Diego, y después de navegar algunos días, avistó Jamaica, con toda la lujosa vegetación tropical, que hace lucir allí los dones más preciados de la naturaleza próvida. Después se encontró entre un laberinto de islotes, que daban paso apenas á sus buques, hasta llegar reconociendo la costa meridional de Cuba, la reina de las Antillas. La falta de víveres, el trabajo asiduo y la vigilancia constante, gastaron de tal suerte las fuerzas de Colón, que, al volver á la colonia, estaba aletargado y casi exánime. Los indios se levantaron en guerra contra los extranjeros, quienes otra vez, desoyendo los mandatos del Almirante, habían vuelto á cometer desmanes y actos vituperables, provocando así á los dueños de aquella comarca.

¡Triste situación la del descubridor! Cuando hubo vuelto en sí, la anarquía lo rodeaba, y la

soberbia del P. Boil, urdía maquiavélicos planes contra él. Era preciso reducir por la fuerza á los isleños sublevados; y con doscientos infantes, veinte ginetes y veinte perros de presa, triunfaron de los caciques y tomáronles muchos prisioneros, que fueron reducidos á condición de esclavos. Era jefe de los españoles, en ese encuentro, don Bartolomé Colón, hermano del Almirante, que había venido á proporcionar á éste, víveres y recursos, enviados por los católicos reyes.

Sin tomar en cuenta las ideas de la época, los errores del tiempo y el derecho público de entonces, no falta quien censure á Cristóbal Colón, por haber mandado á España, como esclavos, á los prisioneros de esa guerra. Sabido es que, en la antigüedad, no se creía injusta la esclavitud, ni se respetaba al infeliz vencido. En 1501, la reina Isabel prohibió la venta de los indios como siervos.

La necesidad en que se hallaba el Almirante de enviar oro á la Península ibérica, para mantener vivo el entusiasmo de la Corte, y acallar los rumores de sus émulos, que propalaban la voz de que aquellas regiones no ofrecían aliciente alguno, forzó al famoso descubridor á imponer duro tributo á los pobres aborígenes, dados á la ociosidad y á la independencia. Muchos de ellos vagaban por los bosques, huyendo de la rudeza de que eran víctimas (43).

Entre tanto, desde el suelo virgen de la inocente América, se habían desprendido los pestíferos

[43] Irving. Vida de Colón, libro VIII, capítulo 7.

vapores de la maledicencia y de la calumnia, que atravesarían el mar, y llegarían á cristalizarse, en forma de venenosas serpientes, ante el trono mismo de los monarcas de Castilla. El padre Boil, y el Comandante Margarit, el obispo Juan de Fonseca, detractores furibundos de Colón, movíanse, con inquietud de hienas, acusándolo de falsario, cruel, avaro, imprudente y ambicioso. Semejantes cargos, formulados por personajes de la Corte, no pudieron menos que despertar desconconfianza y recelo en los soberanos españoles, quienes despacharon al vanidoso Juan de Aguado, intendente de la capilla real, en calidad de comisario regio, para que inquiriese la verdad en las Indias.

Al llegar á *la Isabela* el díscolo magistrado, trató á Colón con insolencia suma, y dió oídos sólo á sus numerosos enemigos. Apresuróse entonces el Almirante á ir personalmente á dar sus descargos ante la reina, y salió violentamente de Haití, el 1º de Mayo de 1496. Después de larga y penosa navegación, en que sufrieron hambre y riesgos sin cuento, logró fondear en Cádiz. Ya la tempestad se cernía sobre el inerme navegante, que pálido y triste, volvía á pisar el suelo de España, en donde la mudanza de los ánimos se dejaba ver en todos los semblantes, bien es cierto que la reina, no dudando del ilustre marino, siempre tendióle su mano protectora. Ni el fragor de la guerra con Italia, ni los festines y duelos que se sucedieron en la famila reinante, ni el alzamiento de los musulmanes, ni las calumnias que forjó la envidia contra Colón, fueron parte

á que los monarcas de Castilla, después de recibirlo en Burgos con agasajos y honores, dejasen de fomentar una nueva expedición.

Harto pudo, no obstante, intrigar el vengativo obispo Fonseca, hasta el punto de que, como Presidente del Consejo de Indias, demoró por dos años el tercer viaje, en que se empeñara la indómita constancia del incomparable descubridor (44).

Fué preciso abrir, por medio de indultos, las puertas de los presidios, para que los criminales osasen lanzarse al mar é ir á la desacreditada isla Española (45). Muchos de ellos prefirieron permanecer en las cárceles; tanto era el terror inspirado por los relatos que llegaron haciendo los conocedores de las nuevas tierras, que debían convertirse en refugio de malandrines y añagaza de mujeres públicas, como dijera el príncipe de los ingenios, el inmortal Cervantes.

VI.

El miércoles 30 de Mayo del año 1498, zarpó el Almirante del puerto de San Lúcas de Barrameda, con cuatro naos y dos pequeños barcos. A los veinte días llegó á la Gomera, y desde allí mandó víveres á *La Española*, en tres de sus buques, y él siguió navegando hacia el Sur, con los restantes. La navegación fué feliz en un principio; pero después comenzaron á sufrir una calma terrible y un calor insoportable. Creían los marineros, en

[44] Historia del Almirante, por don Fernando Colón, cap. 64.

[45] Real provisión, dada en Medina del Campo, á 22 de julio de 1497.

su ignorancia, que en la zona tórrida había castigos para las almas perversas; pero no morada para los séres humanos. De vez en cuando, exclamaban desesperados: ¡Valiera más, haber permanecido en las galeras ó en las cárceles, que caminar hacia el infierno, guiados por un extranjero iluso! (46)

Cuando estaban á punto de perecer de sed y de bochorno, el 1º de Agosto de 1498, Alonzo Pérez, desde la gavia del palo mayor, descubrió la cima de tres montañas, que parecieron de misteriosa significación al Almirante, quien había ofrecido consagrar á la Santísima Trinidad la primera tierra que descubriese. Navegó al Norte, y después, saliendo del estrecho que separa la isla de la Trinidad, del Continente (estrecho que llamó Boca de Dragón), reconoció la costa de Cumaná, en un lugar que los naturales llamaban *Paria.* La primera tierra del Continente, que divisó Colón, fué la que forma las bocas del espléndido Orinoco (47).

Aunque muchos escritores han asegurado que el célebre navegante creía que era una isla la tierra firme, ante la cual se hallaba, no pasa de ser tal aseveración error vulgar, como otros muchos que la crítica ha corregido, en años recientes. El

(46) Relación del tercer viaje, por Cristóbal Colón. Navarrete, tomo I página 391 de la 2.ª edición.

(47) *Paria* golfo de la América Meridional, en Venezuela, que formado por O. de la provincia de Cumaná y por E. de la isla Trinidad, tiene 25 leguas de largo, 15 de ancho y de 8 á 30 brazas de profundidad, y es en donde el Orinoco desemboca con rapidez extraordinaria.—Diccionario Geográfico Universal, de M. Malte-Brun, tomo 2.º página 201.

Padre Las Casas dice: "Vino ya en conocimiento que tierra tan grande no era isla. El mismo Colón escribió á los reyes, diciéndoles "Yo estoy creído que esta es tierra firme, grandísima, de que hasta hoy no se ha sabido, y la razón me ayuda grandemente, por esto deste tan gran río y mar, que es dulce .... y es cosa de admiración, pues tan gran río sale, que hay un mar dulce en cuarenta y ocho leguas."

Estas costas de Paria (Venezuela) fueron, á no dudarlo, la primera parte del Continente americano que visitó el gran marino genovés. (48) Encontró allí gentes vestidas con pañuelos de algodón; vió á un indio que jugaba con un grano de oro, del porte de una manzana; y hubo de admirar los brazaletes que las mujeres traían, con sartales de contezuelas, y entre ellas magníficas perlas ó aljófar de albura deslumbrante. (49) A causa de esa riqueza, dió á una de las islas, que después descubrió, el nombre de *Margarita.*

No he vacilado en decir que las ricas costas del golfo de Paria fueron las primeras que el ilustre descubridor santificó con sus plantas; porque hoy es ese punto incuestionable, con presencia de lo que, sabios americanistas, como Fernández Duro, Asensio y otros, han resuelto, ante datos recogi-

(48) Incurrió en un error don José Milla y Vidaurre al afirmar que á Trujillo corresponde la gloria de haber sido el primer punto del Continente descubierto por Colón. Carta que dicho literato guatemalteco dirigió el 1.° de agosto de 1882 á don Marco A. Soto, acerca de si había ó no desembarcado el Almirante en tierra firme americana.

(49) Asensio. "Cristóbal Colón," tomo II, pág. 207. Barros Arana, página 115, tomo II.

dos en el Archivo de Indias de Sevilla, y en las obras de Colón, Oviedo, Las Casas y Pedro Mártir. (50)

El mal estado de las naves, la escasez de los víveres, la inquietud de los tripulantes, la dolencia de la gota y la fluxión de los ojos, que aquejaban á Colón, fueron causas de que, sin adelantar los descubrimientos por el Occidente, hiciese rumbo hacia la Española, á donde llegó el 30 de Agosto de aquel año memorable. No podía ser peor el estado de la colonia que allí había establecido. Amotinados los aborígenes; en rebelión los españoles contra sus jefes; enfermos muchos; arrepentidos los más de haber dejado á España; presentaba aquella agrupación de malhechores europeos y de salvajes indios, el peor cariz de la anarquía y de la vida casi primitiva. Con la mayor prudencia, y sin una gota de sangre, pudo el gran marino llegar á un avenimiento con los revoltosos, hasta el punto de que el mismo alcalde mayor Francisco Roldán, que era el alma de aquellas turbulencias, hubo de someterse, siquiera con pérfida hipocresía.

Mientras que el sufrido Almirante se empeñaba en aquietar los ánimos, distribuir las tierras y los indios entre los codiciosos aventureros, que traían á mal traer aquella hermosa isla, se elevaban á los reyes católicos contínuos memoriales

(50) "Colón y Pinzón."—Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, por el Capitán de navío Cesáreo Fernández Duro. Madrid. Tello. 1889. El Padre Las Casas dice, con referencia al Almirante: "Navegó á un ancón, lunes, 6 días de agosto, cinco leguas, *donde salió y vido gente.*"

contra el inmortal descubridor. Los que avarientos de oro vinieron á las Indias, creyendo hartarse de riquezas, y volvieron pobres á la península, se quejaban de pérfidos engaños; los que no podían ver con buenos ojos que un genovés los hubiera llevado á sus órdenes, levantaban voz de reproche, por la crueldad de su jefe; y todos querían pensiones, que jamás ganaron, y asediaban al monarca, diciéndole haber sido arrastrados á la tierra de la vanidad y del engaño, que era lugar de miseria, y tumba de los hidalgos castellanos. (51)

Por otra parte, los grandes y magnates, ora instigados por el aliciente de mando en aquellos parajes, donde había tantas perlas y metales preciosos; ora impelidos por menguados celos; ora aguijoneados por ese mal instinto de soberbia, que se alza contra todo lo excelso; no se daban tregua ni reposo, para malquistar al insigne genovés, ante el trono de Castilla. Se levantó entonces contra el intrépido navegante, una tempestad tan negra y tan furibunda, que no tenía comparación con las tormentas penosísimas que había sufrido al atravesar el Océano: son más temibles las miserables pasiones en ebullición, y el choque de la envidia y de la bajeza humana, que el hervir de las olas embravecidas del mar, y que el fragor del rayo, que brota de las nubes airadas. Eleva el ánimo, da temple al espíritu, el ronco rebramar del insondable piélago, y levanta el corazón, y ensancha el pecho, el trueno de los

---

(51) Historia del Almirante, por don Fernando Colón, cap. 86.

cielos, que en espacio infinito se esparce y se dilata; mientras que las ruindades de los hombres, disipan el amor, truncan la fe y marchitan la esperanza, únicas flores que esmaltan el sendero de este áspero y engañoso mundo.

El rey don Fernando quería mal á Colón. "Nunca soportó que se le diese el título de virey á un extranjero, porque le parecía desdoro de su propia corona. En sus cartas jamás le llamaba sino "Almirante de las Indias." (52) Así fué que hubo de ponerse de parte de los díscolos y bullangueros, apoyados también por el Presidente del Consejo, el obispo Fonseca. La reina, protectora que había sido del gran descubridor, al fin dejóse impresionar, por tantas quejas y acusaciones. Su alma generosa desechó, con indignación, el proceder de llevar á los mercados españoles á los indios como esclavos, y hasta preguntaba ofendida ¿cómo es que Colón se atreve á disponer así de mis súbditos? La ilustre soberana se creyó en el extremo de mandar un comisionado que investigase el modo de ser de las cosas en aquella colonia, averiguara la verdad, inquiriera quienes eran los sublevados y por qué causas, y prendiera á los culpables, con amplia potestad en lo civil y criminal. Para tan delicada comisión fué electo el famoso Comendador de Calatrava, Francisco de Bobadilla, y provisto de reales órdenes á efecto de que se le entregasen las fortalezas, casas, navíos, armas, pertrechos, mantenimientos, caballos y demás cosas que Sus Altezas poseían en sus do-

[52] Roselly de Lorgues.—Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, tomo I, pág. 482.

minios. (53) Era el Comendador cortesano astuto y de aviezas intenciones, oculto enemigo de Cristóbal Colón é instrumento á propósito para que se consumase la más infame de las injusticias; mal que pese así llamarla á los que atenuar pretendan los desmanes y violencias de que fué víctima el hombre extraordinario que descubrió el Nuevo Mundo.

Desde el 23 de Agosto en que llegó Bobadilla á Santo Domingo, hizo ostentoso su carácter violento, con gran lujo de crueldad y harta malicia. Sin oír al Virey de las Indias, dando crédito tan sólo á sus enemigos, se apoderó violentamente de los fuertes y almacenes, se posesionó de la casa del mismo Cristóbal Colón, y por último, sin forma legal de proceso, mandó ponerle grillos, como á un vulgar malhechor. (54) Era aquel acto tan atentatorio y villano, que ninguno de los mortales enemigos, que allí tenía el Almirante, se prestó á consumarlo, hasta que imperiosamente repetido el mandato, se avajó un desvergonzado cocinero á remachar, con sus manos, las memorables cadenas. (55) ¡Quiso el destino que el inmortal descubridor pasase á las edades futuras, no sólo con la brillantez del genio, sino rodeado de la divina aureola del martirio!

El ensoberbecido Comendador de Calatrava, que según la gráfica expresión de un literato céle-

[53] Cédulas de 21 y 26 de mayo de 1499, en Madrid.

(54) Lafuente. Historia de España, To. 2o. página 362. Edición de Barcelona, 1879.

(55) Antonio de Herrera. Lección 1a., Libro IV., cap. X. Asensio, Tomo II, página 338.

bre, no era más que *un ruin puesto en oficio,* tuvo á Cristóbal, á Bartolomé y á Diego Colón, aherrojados en encierros diversos; y es fama que, en horrible pesadilla, los tres se le presentaban en sus nocturnos sueños, sin dejarle punto de reposo. Cuando se abrieron las puertas de la fortaleza, para trasladar al Almirante á la carabela que iba á conducirlo á España, él, tan sereno siempre y tan confiado en su buena suerte, tuvo miedo por su vida, presumiendo que irían á asesinarlo, de orden del infame Bobadilla; que quien puso grillos al descubridor del Nuevo Mundo, á fe que era capaz de todo.

Aquella obra de iniquidad quedaba consumada. Transcurrían los primeros días del mes de Octubre. El cielo estaba plomiso y triste, como dolorido por tamaña infamia, y el mar verdinegro y terso, cual la losa de una tumba. Juntos en la carabela *Gorda*, iban los tres pobres prisioneros. Volvía á España Cristóbal Colón, llevando por recompensa de sus afanes y descubrimientos, el cuerpo enfermo, sujeto con cadenas, y lacerada el alma, á fuerza de ingratitudes.

Estando en el Océano, y conocida la malignidad del Comendador, quiso el Capitán quitar los grillos al Almirante; pero él jamás lo consintió, diciendo que, "pues los reyes mandaban, lo que en su nombre le mandase Bobadilla, y que, por su autoridad y comisión se los había puesto, no quería que otras personas se los quitasen; porque tenía determinado guardarlos para memoria del premio de sus muchos servicios. Así lo hizo; yo

los ví siempre en su retrete, y quiso fuesen enterrados con él." (56)

El 25 de Noviembre llegaron á Cádiz los tres ilustres prisioneros. El sentimiento público se mostró muy indignado. Los mismos enemigos del insigne marino calificaban de inhumano y vil aquel atropello inaudito. Toda la heroica España rechazó con vehemencia tan miserable tratamiento. Los reyes católicos, hicieron tardía justicia; sin poder nunca reparar tamaños desmanes, que si no autorizados por ellos, serán siempre obra del envidioso agente, que investido de omnímodas facultades, los llevó á efecto, bajo su reinado. Ni la destitución del torpe comisario, ni el devolver al virey lo que era suyo, fué por cierto reparo bastante del atentado; padrón eterno de ignominia...... Hasta el 15 de Febrero de 1502, no salió de San Lúcar don Nicolás de Obando, con treinta y dos naves y dos mil quinientos soldados, á hacer regresar á España á Bobadilla, para juzgarlo, y á devolver á los Colones cuantos bienes se les habían arrebatado.

Mientras el anciano genovés devoraba en silencio tantas ingratitudes, Américo Vespucio, caballero florentino, se lanzó al Océano, siguiendo los derroteros descubiertos por aquel incomparable mareante. Los mapas y relaciones de Vespucio, dieron nombre al Nuevo Mundo, robándole al descubridor el derecho de bautizarlo con el suyo, y haciendo que la América, sin quererlo, pasase á la posteridad, con esa denominación, que otros

(56) Don Fernando Colón. Historia del Almirante, cap. 86.

pretenden derivar de *Americ* ó *Ammerikå*, palabra indígena, con que los naturales de Nicaragua designaron unas montañas. (57) No es el caso de entrar aquí en semejantes disquisiciones. El hecho es que, avaros los hados, no dieron al Continente descubierto el nombre venerando del que lo hizo resucitar del olvido; pero, justiciera la historia, tributará honores divinos á Cristóbal Colón, inmortal semidiós, que tendrá culto perenne en el templo de la civilización y eterna remembranza entre los hombres.

VII.

Sesenta y seis años contaba el Almirante, cuando por cuarta vez se disponía á salir de España, en busca de nuevas tierras. Dos lustros habían pasado, desde que en el memorable 12 de Octubre de 1492, viera las playas del hemisferio occidental. La fortuna apenas le fué propicia, víctima él de reveses y altivajos, que quebrantaron su salud, enflaquecieron su cuerpo; pero nunca apocaron su espíritu sublime. Tuvo día de palmas, en entrar triunfal; para sufrir más tarde profundas amarguras, en el huerto de *Santo Domingo*, á manos de un Pilatos tan temerario y cobarde, como el célebre esbirro que condenó al divino mártir del Gólgota. Como todos los genios, tuvo Colón su *viacrucis*, y hoy tiene en el mundo entero su tabor.

(57) En 1507, el nombre de tierra de *América* (Americi Terra) fué aplicado al Nuevo Continente, por el geógrafo Waldseemüller. Una carta de Hylacomylus, publicó, por primera vez, el nombre de *América*. Américo Vespucio desembarcó en 1497, en un punto del continente americano, en 16° N. y 75 O. de las Canarias, ó sea en la costa de la América Central, cerca del Cabo Gracias á Dios. Bancroft, History of Central America, vol. I., page 99.

Aunque confiaba ciegamente en su destino, antes de salir de Sevilla para Cádiz, redactó una interesantísima y piadosa memoria, dejada á su hijo primogénito don Diego, para el caso de cualquiera emergencia que pudiese sobrevenir. Tuvo además la precaución de mandar hacer cuatro traslados, que autorizó el escribano público Martín Rodríguez, ante los alcaldes ordinarios Esteban de la Roca y Christóbal Ruyz Montera, de las cartas, privilegios y cédulas que desde el año 1492, había obtenido de los reyes sus señores. Uno de esos traslados quedó en el monasterio de la Cartuja de las Cuevas, otro llevó á las Indias Alonso Sanchez Carvajal, y los otros dos los remitió Cristóbal Colón á su amigo Nicolás Odérico, por medio de Francisco de Ribarol y Francisco Cataneo.

El 9 de Mayo de 1502, con cuatro pequeñas naves, y unos ciento cuarenta tripulantes, zarpó aquel intrépido marino del puerto de Cádiz, con rumbo á las regiones por él antes descubiertas y exploradas. Los reyes católicos, so pretexto de urgencia en descubrir nuevas tierras, le previnieron que no tocara en la Española, pudiendo hacerlo al regreso, en caso de necesidad (58), y apenas le dieron menguadas carabelas, que contrastaban con la soberbia flota que había llevado Ovando.

Debido á las averías de uno de sus buques, y

[58] Consta asi en la carta de Valencia de 14 de marzo de 1502, en Navarrete tomo I, pág. 277.

Don José Milla, dice en su Historia pág. 2, que eran cinco los buques; pero en realidad no fueron más que "La Capitana," "Santiago," "Vizcaina" y "Gallega."

necesitando tomar agua, vióse, sin embargo, el Almirante, en el caso urgente de pasar á la Española. Hubo de pedir permiso al infatuado Gobernador de la colonia, para penetrar en aquel puerto, quien, con la impudencia más incalificable, le ordenó que se alejase, no obstante que Colón pronosticaba una horrible y próxima tempestad. ¡ Sarcasmo horrendo del destino ! ¡Mudanzas de las cosas y de los hombres ! ¡ No dar ni amparo, por caridad, á quien harto derecho tenía para ser dueño del mundo por su genio descubierto ! El cielo no pudo dejar sin castigo tamaña afrenta y tan grave sinrazón. Para partir estaba la escuadra que debía llevar á Bobadilla á España, y cuantiosos tesoros para los reyes. Previendo la tormenta, el inspirado mareante, aconsejó al cínico Ovando que no se alejasen por entonces los diez y ocho buques que componían la flota. Desprecióse la advertencia, y todavía alcanzó el genovés á ver desde la rada, hundirse en el abismo de las enfurecidas aguas las naves precitas. Acaso en aquel supremo lance, ya para perderse en la inmensidad del mar, contemplaría en su postrer momento, el ingrato y ruin Comendador de Calatrava á su víctima excelsa, á Cristóbal Colón, radiante de gloria, cual reproche visible y providencial de tanto crimen y de tanta saña. Sólo se salvó de la general catástrofe, el buque que llevaba cuatro mil onzas de oro, pertenecientes al inmortal descubridor.

Calmado el tiempo, el día 14 de Julio, dirigió Colón sus naves hacia el Continente, y después de algunas borrascas más, que lo hicieron llegar á

Jamaica, y á los islotes llamados por él "Jardines de la Reina," descubrió, el 30 de aquel mes, la isla de la *Guanaja ó Bocaná*, que recibió el nombre de *Pinos*, "por la abundancia de árboles de esa clase que en ella se encontró." Esa pequeña isla estaba poblada por indios semejantes á los de la Española y Cuba, solamente que parecían más entendidos y conocedores de las artes útiles. En aquellos momentos vieron los españoles venir, de la dirección de Yucatán, una grandísima canoa, remada por veinticinco hombres. En el centro, bajo un toldo de palmas, se sentaba un cacique, que no manifestó ni sorpresa ni temor al ser llevado á presencia del Almirante. Le hizo ver utensilios de cobre, piedra y madera, y géneros de algodón, traidos de regiones lejanas. En la Guanaja, dice el erudito escritor norte-americano Bancroft, vivía un indio viejo, de conocimientos bastantes, para dibujar una carta de la costa de tierra firme, y referir á los extranjeros mucho de aquellas regiones. Se lo llevaron á bordo, y después de despedir al cacique, con dádivas, se dirigieron hacia el Continente, para botar anclas cerca de un lugar que llamó Colón "Punta de Caxinas," á causa del nombre aborigen de ciertas frutas que por ahí abundaban (59). Fué el 14 de Agosto del año 1502, cuando por vez primera los españoles pusieron sus pies en el suelo de la América Central, y se celebró el sacrificio de la

[59] Porque, dice Herrera, había muchos árboles, cuyo fruto es unas manzanillas buenas de comer. "Los naturales llamábanle *caxinas*, y son las que hoy conocemos con el nombre de icacos. Navarrete llama ese lugar "Punta Castilla y Puerto de Trujillo" y la costa, de Trujillo. Hoy la punta se denomina *Cabo de Honduras*.

misa, bajo los árboles de la costa. El miércoles 17 de ese mismo mes, tomaron posesión de la tierra, en nombre de los reyes de España, á orillas de un río que se llamó por tal motivo *de la Posesión*, y que hoy es el *Río Tinto.*

Una que otra cabaña cobijada por palmares, se veía en el bosque, y como cien aborígenes aparecían, con gallardos cuerpos, medio vestidos de géneros de algodón, de abigarrados colores, que formaban contraste vistoso con lo verde de la espesura, de aquella comarca agreste. Las mujeres se envolvían en mantos, como las moras, y usaban *huipiles* ó sean camisolines. El humo de alguna casuca lejana, dejaba presumir que, en lontananza, otras viviendas guarecían á muchos más de aquellos hermosos indios, mejor formados y menos salvajes que todos los que hasta entonces encontrara Colón (60). Allí vieron, por primera vez los españoles, algunos granos de cacao, que servían de moneda. Poseídos de admiración, contemplaron aquellos opulentos árboles, en el laberinto del boscaje, que cubre las deliciosas márgenes del caudaloso río. Lo grande y sublime de la naturaleza equinoccial apenas se puede describir. Allí se exhibe, junto al palo de rosa, la odorífera vainilla; al lado del guayaco, el rico liquidámbar; y por doquiera se alzan pinos recinosos, cedros corpulentos, caobas finísimas, y palos de tinte, como el brasil, la mora y el campeche. Hacen su guarida, en aquellas añosas selvas, ardillas que vuelan de rama en rama; lijeros

[60] Bancroft, tomo VI, pág. 211.

monos, que saltan por las copas de los seculares árboles; hambrientos coyotes, que bien pudieran llamarse lobos; y gamos, jabalies, jaquillas, tapiros, tigres y leones, cuyos aullidos retumban en los montes y collados. Las aves canoras, como la chorcha, el turpial y el *guarda-barranco*, forman deliciosas armonías con sus cantos agrestes; y el bellísimo *melleagris ocellata*, que lleva en su cauda espejuelos color zafiro, con áureos cercos y puntos de rubí, es el rey alado de aquella extensa bahía, en donde palpita la vida, entre torbellinos de diáfana luz y purpúreos arreboles (61).

En esa privilegiada tierra, de aroma y galas, los indios hablaban á Colón de ríos, que como el Guayape y el Jalán, arrastran arenas de oro en sus límpidos lechos; decíanle que allá en el Occidente, levantábase gran imperio de populosas tribus y riquezas inmensas; pero el deseo que abrigó, desde un principio, de descubrir el estrecho, que debía comunicar con los mares asiáticos, fué causa de que no atendiera tan importantes referencias. En vez de poner las proas hacia Tenoxitlán, tomó el camino opuesto al que los naturales le indicaron. Sobrevino entonces una larga y furiosa tempestad, que hizo zozobrar los buques, afligiendo á los tripulantes, al punto de que *muchos esmortecieron hartas veces*, hasta que no llegaron, el 12 de Septiembre, al gran cabo de "Gracias á Dios,"

[61] Los españoles llamaron Guaymura aquella tierra, par ser ese el nombre de un pueblo de la costa; Hihueras, por haber encontrado muchas calabazas, á las cuales en Santo Domingo dábanles ese nombre; y Honduras, por haber exclamado, al salir de aquel litoral ¡Bendito Dios, que nos sacó de esas Honduras!—Herrera, Dec. IV, Sib. VIII, Cap. III.

llamado así, porque el eximio descubridor, exclamando ¡loado sea el Altísimo, que nos sacó de tales *honduras*! rindióle gracias, por haber salvado allí sus naves. Con mar tranquila, y sin rachas de viento, se hinchaban mansamente las fatigadas velas, cuando, por la urgencia de agua potable y para proveerse de algún combustible, mandó Colón dos botes, á un río de buena entrada y suficiente fondo, en el cual se anegaron ambos y se hundió uno de ellos, con los infelices bogas. Desde entonces se llamó ese, el *Río del Desastre*, y hoy le dicen *Escondido* ó *Blewfields*, nombre de un pirata famoso que llevaba este cognomen. Sin salir de la bahía de Los Mosquitos, siguieron caminando las cuatro carabelas, y el día 25, dieron con la desembocadura del famoso *San Juan de Nicaragua*, cuya fuerte corriente, y lo recio de una borrasca, los hizo guarecerse tras de una isla, bautizada por los indios con el eufónico nombre de *Quiriviri*, y llamada *Huerta*, por el Almirante, en gracia de la deleitosa verdura de aquel encantador recinto. Hasta el 5 de Octubre se detuvo en esas plácidas aguas, que separan la isla de la tierra firme, en estrecho brazo de mar. Allí se descubría, con amena playa, un lugar muy poblado, que denominaban *Cariari* ó *Cariay* los aborígenes (62), en donde se remediaron los navíos, que maltrechos estaban, y descansó la gente, que venía muy enferma." Allí, dice Colón, que dos indios le llevaron á *Carambarú*, paraje en donde andan los hombres desnudos, y al cuello un espejo de

[62] Diego de Porras, le nombraba Cariay, y Herrera le denomina *Cariari*. En la costa de Mosquitos.

oro; allí vido una sepultura en el monte, labrada y tan grande como una casa, y el cuerpo descubierto y mirando en ella; allí vido leones, ciervos, corzos y aves." (63)

Lo más raro y curioso de aquellos salvajes, fué que dejaron en la playa, para que los españoles los recobraran, todos los cascabeles, cuentas y abalorios, que éstos les habían donado; como ofendidos en su delicadeza, por cuanto aquellos extranjeros recién llegados, no quisieron aceptar los regalos de mantas, utensilios, y raíces medicinales, que ellos les ofrecieron. Otro suceso extraño, produjo asombro á los marineros, y fué el ver venir á un venerable viejo, con dos indias jóvenes y tremolando bandera blanca en testimonio de paz. Puso á las muchachas provocativas en manos de Bartolomé Colón, y le dijo que, en rehenes, y por seguridad de ellos mismos, las llevasen á las naves. Así se hizo, en efecto, y el Almirante ordenó respetarlas en todo caso.

Es curioso, por extremo, el hecho de que, habiendo el escribano real sacado allí su tintero, y papel de escribir, para tomar nota de lo que respondían los naturales, éstos huyeron, haciendo aspavientos, como si se tratara de una hechicería ó nigromancia; y regresaron después asombrados, con haces de hojas aromáticas, cuyo humo soplaban de lejos hacia los españoles, á guisa de supersticioso medio de alejar á los espíritus malignos ó de contrarrestar aquellas brujerías.

"Ya reparadas las embarcaciones, el miércoles

[63] Carta á los Reyes de 7 de julio de 1,503.

5 de Octubre, levaron anclas, á lo largo de la *costa de Mosquitos*, y siguiendo su derrotero, entró Colón en un golfo cercado de varias islas, que formaban entre sí pequeños canales, profundos y sin escollos. Los árboles gigantescos, de ambas orillas, entrelazaban las ramas de sus elevados copas, formando altísimos arcos, por debajo de los cuales pasaba cómodamente la arboladura de las carabelas, que componían la escuadrilla. La fresca sombra y el suave aroma de los bosques recreaban á las tripulaciones, sobre la cubierta misma de las naves. El golfo encantador era la bahía de *Cerabaro,* indicada hoy en los mapas geográficos, con el nombre de *Bahía del Almirante.* Al bajar á tierra, hallaron en la arena veinte botes, cuyos dueños se recreaban alegremente en los bosques. Iban desnudos y llevaban en el cuello placas de oro. La alarma de éstos se disipó, cuando hubieron visto á los dos intérpretes, á cuya invitación uno de los insulares trocó, por tres grandes cascabeles, un espejo de oro puro. Después del cabo *Caxinas*, aquel fué el primer sitio donde se vió oro (64). Aquella tierra estaba favorecida por una fertilidad fabulosa, y se encontraban por todas partes peces, aves, todo género de caza, raíces, granos, árboles frutales y flores. Sin dejarse dominar el Almirante por los encantos de aquella mansión deliciosa, quizo continuar su exploración hasta el extremo del golfo. Allí encontró un terreno muy fragoso y sembrado de habitaciones, construídas en los puntos más elevados. Vieron varios botes,

[64] Diego de Porras, Relación del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colón.

llenos de indios, que iban con las frentes ceñidas de coronas, formadas de plumas de aves y garras de animales. También se adornaban el cuello con placas de oro, pero en lugar de darse prisa por trocarlas, como hacían los insulares, las tenían en grande estima y se negaban á desprenderse de ellas. Las carabelas entraron después en otra bahía grande, llamada *Laguna de Chiriquí*, (65) donde se procuró Colón algunas noticias que le confirmaron las que había adquirido ya acerca de aquellos sitios. Después pasó lejos de los islotes, en alta mar, á fin de ir más libremente; pero mientras tanto, observaba con mucho cuidado la costa. Después de haberla seguido, por espacio de doce leguas, descubrió la embocadura de un río, y dirigió allá las embarcaciones, para que examinaran el país. Al aproximarse á la playa, vieron los españoles un grupo de unos doscientos indios armados en pié de guerra, que iban á oponerse á su desembarco, mientras que el sonido de los caracoles marinos y de los tambores de madedera, que resonaba en los bosques, convocaba á los combatientes. A medida que se aproximaban á la playa, los indios parecían ir furiosos á su enencuentro, escupían yerbas mascadas, en señal de desprecio, entraban en el agua hasta la cintura, para arrojar de más cerca sus dardos y javalinas. Siguiendo las instrucciones de Colón, sufrieron

[65] Desde la punta del Chiriquí, hasta la punta Fervi, en la boca del Drago, se encuentan veintitrés islas, noventa y siete islitas y doscientos setenta y cuatro islotes, formando unos la Laguna de Chiriquí y la Bahía del Almirante, y quedan otros en el seno de ellas. Geografía Física y Política de los Estados Unidos de Colombia, por D. Felipe Pérez. Bogotá, 1862.

los españoles aquellos insultos con paciencia, no dándoles otra contestación que señales de paz. Los indígenas se calmaron poco á poco, y concluyeron por cambiar diez y siete espejos de oro por cascabeles, cuyo sonido los alegraba mucho. (66). Los botes se reunieron por la tarde con las carabelas, y volvieron al día siguiente, para continuar los cambios; al acercarse al sitio en que los aborígenes estaban, los hallaron bajo los árboles de la orilla, donde habían pasado la noche, temerosos de una sorpresa. Se les llamó pero no contestaron. Por su parte los españoles se mantuvieron firmes en sus embarcaciones. Creyendo los ribereños que aquella calma era cobardía, resolvieron deshacerse de tan importunas visitas. Tocaron el tambor y dispararon sus flechas. Los españoles, á fin de cortar aquella agresión, dispararon una ballesta y tiraron un cañonazo. La detonación produjo tal espanto entre los indígenas, que las armas se les cayeron de las manos y huyeron á las espesuras de los bosques. Entonces cuatro españoles solos bajaron y los llamaron; volvieron sumisos y cambiaron tres espejos. No tenían otros, porque habían acudido allí para pelear." (67)

Siguiendo la flota aquellas ricas orillas, descubrieron, hacia el Este, varias grandes aldeas, hasta llegar á la ciudad de Veragua, fin de la tierra del oro. (68)

[66] Fernando Colón, Vida del Almirante, capítulo XCII.

[67] Historia de Colón, por el Conde Roselly de Lorgues, tomo I, página 571.

(68) *Veragua* se llamó en un principio, una ciudad, provincia y río famosos por el oro. Después se hizo célebre dicho nombre, que se aplicó por los españoles á toda aquella región. El Almirante le daba tan-

Durante este viaje de exploración no iba el Almirante en pos de riquezas. Con profética mirada buscaba el canal, por las desembocaduras del *San Juan* ó del *Chagres.* Deseaba Colón hallar

---

ta importancia á las Costas de Centro América, que guardaba escondidas las cartas geográficas que formó, para que sus mismos pilotos no pudieran dar con ellas. Un largo pleito siguieron los descendientes de Colón, ante los tribunales de España, sobre la propiedad de *Veragua*, sirviendo más tarde, para fundar el título de la familia de Colón, ó sea el Ducado de Veragua. El 9 de junio de 1508, se fijaron los límites de la gobernación de *Veraguas*, desde la mitad del golfo de *Urabá* [Darién] hasta el cabo *Gracias á Dios*, con el nombre de *Castilla del Oro*, comprendiendo así todo el territorio del actual estado de Panamá y de las repúblicas de Costa Rica y Nicaragua. El 27 de julio de 1513, en tiempo de Pedrarias Dávila, se exceptuó la provincia de *Veragua*, de aquella gobernación, por ser del Almirante don Diego Colón, como que su padre, por su persona, la descubrió. El mismo Pedrarias pretendió después que Nicoya, Nicaragua y parte de Honduras y San Salvador, estaban incluidos, dentro de *Castilla de Oro.* Para obviar estas dificultades, el rey de España creó las gobernaciones de Honduras y Nicaragua, incluyendo en esta última la provincia de Nicoya, cuyos límites llegaban hasta el río Tempisque. Al Este de dicho río principiaba el territorio vago y mal definido, conocido con el nombre de *Veragua.* En mayo de 1544, se instaló en Honduras, la audiencia y Chancillería Real de los Confines, trasladada poco después á Guatemala, y bajo su jurisdicción fueron puestas las provincias de Nicoya y Nicaragua, formando así una verdadera separación entre el reino y capitanía general de Guatemala y el reino de Tierra firme ó Castilla del Oro. En el año 1545 desembarcó Diego Gutiérrez, con gente, en el río *Sucre* (hoy Reventazón), para fundar una colonia en *Veragua*, en la parte que allí le pertenecía á la corona. Uno de sus primeros actos fué pregonar que nadie, bajo pena de cien azotes, llamara aquel lugar *Veragua*, sino *Costa Rica* (Oviedo, libro 30 capítulo II). Tal es el pobre, obscuro y un tanto violento nombre de Costa Rica "Colección de documentos para la Historia de Costa Rica, por el Licenciado don León Fernández, tomo I, páginas 153 y 154." Don Manuel M. Peralta cita una real provisión del Presidente de la Real Audiencia de Panamá, fechada el 17 de Diciembre de 1539, en que se dice la *Provincia de Costa Rica*, y una Real Cédula de 14 de Mayo de 1542, en que se lee *la Costa Rica.* Felipe II, por capitulación de primero de diciembre de 1573, señaló por límites, desde las bocas del Desaguadero, hasta los confines de Veragua, incluyendo el puerto de las Bocas del Drago, [Bahía del Almirante.]

aquel estrecho, que tanto preocupó después á Carlos V y á Felipe II. Si la naturaleza no quiso formarlo, al fin lo formará la perseverancia humana; al fin se confundirán, en las mismas olas y espumas, al través de la América, las aguas de ambos Océanos.

VII.

Antes de pasar adelante, narrando los interesantes sucesos que forman la epopeya grandiosa de los descubrimientos del genovés ilustre, se presentan aquí dos cuestiones debatidas, que se relacionan, por modo directo, con la historia de la América Central.

¿Desembarcó Cristóbal Colón en el Continente Americano?

¿Santificó, con sus plantas, el suelo de Centro América?

Desde el valle de los Angeles, en Honduras, dirigió el Dr. Don Marco Aurelio Soto, cuando era Presidente de esa República, á 27 de Junio de 1882, una amenísima carta á Don José Milla, nuestro novelista é historiador, haciéndole la primera pregunta que queda formulada, acerca del desembarco del Almirante en el Nuevo Mundo.

Mi amigo y compañero el Dr. Soto, dijo así á nuestro común maestro el Sr. Milla:

"Acariciaba el proyecto de crear un Departamento en el litoral de la costa de Trujillo, y ponerle este nombre, cuando comencé á leer su magnífica Historia de la América Central, y me fijé en el párrafo que se encuentra en la página 4ª., que dice así:

"Continuando la navegación, tocó la escuadrilla en tierra firme, el domingo 14 de Agostc, y habiendo *desembarcado* el Almirante, con algunos de los que lo acompañaban, asistieron á la misa, que se celebró aquel día, por primera vez en el suelo centroamericano. Suceso digno de recordación, pues era el principio del establecimiento del nuevo culto que iba á sustituir á la falsa y sangrienta religión, que por tantos siglos había dominado en esta sección del Nuevo Mundo. Aquel lugar que se llamó entonces punta de Caxinas, es el mismo donde se estableció después el puerto de Trujillo."

En la excelente obra de Squier, reputado por gran americanista y anticuario, había leído también estas palabras: "En Honduras fué donde primero *puso los pies* Colón en el continente de América." Así dice en el capítulo IV de sus "Apuntamientos sobre Centro América."

Las respetables autoridades de Ud. y de Mr. Squier me sugirieron la idea de bautizar al nuevo Departamento, con el nombre de Colón, como un testimonio de gratitud á la memoria de este grande hombre, y para fijar el interesante recuerdo histórico del lugar donde había puesto por primera vez *sus pies*, en el continente americano, el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

La obra de Ud. ha creado en mi afición decidida á los estudios de nuestra antigua historia, y los he abrazado con entusiasmo. En varios autores que he leído, no he encontrado el fundamento en que Ud. se apoya para decir que el Admirante *desembarcó* en punta de Caxinas; y hé aquí de don-

de han dimanado mis dudas sobre el particular, y la consulta que ahora me permito hacerle.

Colón, en su carta á los Reyes de España, en que les refiere cuanto le aconteció en su cuarto y último viaje, no hace ninguna referencia á su desembarco en punta de Caxinas, y ni aun mienta este nombre. Diego de Porras, en su relación, datada á 7 de Noviembre de 1,504, después de relatar el descubrimiento de la Guanaja, dice: "De esta isla pareció otra tierra muy alta y cercana [la costa de Trujillo], fué á ella por el Sur; estará de esta isla diez leguas: de aquí se tomó un indio para llevar por lengua á esta tierra grande, é éste dijo algunos nombres de provincia de esta tierra: *tomó puerto*, al cual nombró el Almirante la punta de Caxinas" (punta Castilla y puerto hoy de Trujillo). Este relator tampoco habla del desembarco de Colón en ese lugar. Al pasar por allí estaba el Almirante en situación tan lastimosa, que lo obligaba hasta mandar desde su lecho de dolor el derrotero. El mismo dice: "Yo había adolecido y llegado fartas veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé facer sobre cubierta, mandaba la vía." Razón es esta para creer que Colón no estaba entonces para desembarcos.

Herrera, en el capítulo 6º, década 1ª, dice: "Salió, Domingo 14 de Agosto, el Adelantado, con mucha gente de los navíos, á oir misa etc., etc. Nada dice del Almirante.

Washington Irving, en el capítulo 2º Libro 4º, dice: "Al salir de Guanaja tomó al Sur para tierra firme y á pocas horas de navegación, descubrió un cabo á que puso el nombre de Caxinas,

por estar cubierto de árboles frutales, llamados así por los indios. En la actualidad se conoce con el nombre de Cabo de Honduras. En él *desembarcó el Adelantado*, el domingo 14 de Agosto, con los capitanes y muchos marineros para oir misa, que se celebró solemnemente, bajo los árboles de la costa, según la piadosa costumbre del Almirante, cuando las circunstancias lo permitían. El 17 desembarcó el Almirante de nuevo en un río, á quince millas del punto anterior etc., etc. Irving asegura el desembarco del Adelantado, pero no del Almirante.

El Conde Roselly de Lorgues, en su obra titulada "Historia de la vida y viajes de Colón," dice en el capítulo 2º del Libro 4º, Tomo 1º: "Desde la isla de Guanaja dirigióse el Almirante al Sur en busca de la tierra firme. Descubrióla cerca de un cabo cubierto de árboles, que producían una especie de manzanas de hueso esponjoso, que los indígenas llamaban *caxinas*, cuyo nombre siguió dándole. Así que lo hubo doblado, renovóse la tempestad. Frecuentes aguaceros y súbitas rachas de viento fatigaron de nuevo la escuadrilla. Sin embargo, el Domingo 14 de Agosto, víspera de la Asunción, *detenido siempre el Almirante en su lecho*, mandó que bajasen el Adelantado, el estado mayor y las tripulaciones, para asistir al santo sacrificio, que celebró el Padre Alejandro; pero no pudieron proceder á la toma de posesión, sino que fué preciso volver á las carabelas, y comenzar otra vez el combate contra los elementos. Finalmente, el 17 de Agosto, en un breve espacio de calma, atracaron en tierra á quince leguas del cabo en

las orillas de un río, y el Almirante dió orden de que tomasen posesión de la comarca, en la forma acostumbrada, levantando una cruz grande, Por esta circustancia dióse al río el nombre de "Río de la Pasión."

Las autoridades citadas contradicen claramente el aserto de que Colón desembarcó, *puso sus pies* en punta de Caxinas, como lo afirma U. y Mr. Squier. Esta circustancia ha incitado más mi deseo de saber en qué se apoyó U. para hacer esa afirmación; y ha llegado á tal punto mi curiosidad, que no he vacilado en molestar la atención de U., suplicándole me diga los datos que ha tenido á la vista, para asegurar el desembarco de Colón en el punto en que hoy está Trujillo.

Para mí, Colón *tomó puerto* en la bahía de Trujillo, pero no desembarcó. Creo que se ha confundido al Adelantado, que fué el que desembarcó, y tomádolo por el Almirante. No habiendo desembarcado en punta de Caxinas, ni tampoco pisado el continente cuando estuvo en el golfo de Paria, puesto que él mismo dice en una de sus cartas haberse negado á desembarcar entonces.— Resulta que Colón no puso sus plantas en la tierra firme del inmenso continente que había descubierto. Punta de Caxinas y el golfo de Paria son los puntos sobre que más se ha contendido en la cuestión del desembarco. Negados éstos, no he hallado memoria de otro lugar del continente en que Colón haya desembarcado. Deseoso de esclarecer este punto histórico, suplico á U. se sirva darme sobre él su respetabilísima opinión."

A esa notable carta, don José Milla contestó,

desde esta ciudad de Guatemala, con fecha 1º de Agosto de 1882, lo siguiente:

Ha llamado la atención de U. que en dos pasajes del tomo I de mi "Historia de la América Central" se diga que el Almirante Colón desembarcó en ciertos puntos de la costa de Honduras, hecho que no encuentra U. apoyado en el testimonio de otro alguno de los escritores que han hablado de aquella expedición. Sólo Squier ha dicho de una manera afirmativa, que Colón *puso sus pies* en esta parte del continente.

Las numerosas investigaciones que U. ha hecho para aclarar este punto histórico, y el juicio que ha formado de que Colón tomó puerto únicamente en punta de Caxinas, y "no desembarcó en el inmenso continente que había descubierto," me han hecho consultar de nuevo los documentos relativos al cuarto y último viaje del Almirante. Encuentro efectivamente que fué el Adelantado don Bartolomé, quien por orden de su hermano don Cristóbal, desembarcó el 14 de Agosto de 1502 en punta de Caxinas, para asistir á la misa, y él también, quien tomó posesión del país, el 17, en Río Tinto. Si alguna vez llega á hacerse una segunda edición de la "Historia," deberá sustituirse en las páginas 4ª y 5ª del tomo I, la palabra "el Almirante" por la de "el Adelantado," y advirtiendo por medio de una nota, que se debe á U. esa rectificación.

Ahora, que el Almirante no haya desembarcado en el continente, no me parece exacto. Volviendo á leer la carta que él dirigió á los Reyes desde Jamaica, el 7 de Julio de 1503, (Colección de Na-

varrete, páginas 296 á 313) encuentro que dice, hablando de Cariay, (costa de Mosquitos) "Llegué á tierra de Cariay, á donde me detuve á remediar los navíos y bastimentos y dar aliento á la gente, que venía muy enferma. Allí supe de las minas de oro de la provincia de Ciamba, que yo buscaba. Dos indios me llevaron á *Carambarú*, á donde la gente anda desnuda, y al cuello un espejo de oro" etc. Y en otro pasaje dice, hablando de la misma tierra de Cariay: "*Allí vide una sepultura en el monte*, grande como una casa y labrada, y el cuerpo descubierto, y mirando en ella." Agrega que vió muchas gallinas, leones, ciervos, corzos y aves.

Todo esto prueba de una manera innegable, á mi juicio, que si Colón no desembarcó personalmente en punta de Caxinas y Río Tinto, por estar muy enfermo cuando tocó en aquellos puntos, lo hizo muy pocos días después en un lugar más hacia el Sur, puesto que asegura haber visto una sepultura en el monte, y da razón de animales que no era facil le llevaran á los buques. Es de creer que el desembarco de que se habla, haya tenido lugar en la costa de Nicaragua, pasado ya el Cabo de Gracias á Dios, y la línea divisoria que vino á separar, muy poco después, aquella Provincia de la de Honduras, que era el río Yare ó Segovia.

En cuanto á la idea de Ud., de dar á un Departamento que se formara en el litoral de la costa de Trujillo, el nombre de Colón, me parece harto justificada, con el hecho de haber sido ese el punto á donde arribó aquel grande hombre, en su cuarto y último viaje, y en el que hizo, por medio

de la gente que iba á sus órdenes, tomar posesión del país. Así, aun cuando no haya desembarcado él mismo en aquella tierra, á ella corresponde la gloria de haber sido el primer punto del continente descubierto por Colón, y tiene, á mi juicio, derecho á honrarse con su nombre."

No satisfecho aún el Presidente de Honduras, Dr. Soto, con las opiniones del literato señor Milla, le escribió otra carta, que aunque un poco extensa, encierra mucho interés, y se hace necesario transcribirla aquí, dado que, toca de lleno las cuestiones de que se trata, por más que, como lo expondré adelante, no esté yo de acuerdo con varios de los asertos que contiene. Lástima grande que la muerte arrebatara derrepente al escritor distinguido, al guatemalteco notable, don José Milla; con lo cual, las letras centroamericanas, sufrieron inmensa pérdida; lástima que no haya podido contestar ya la carta siguiente del Dr. Don Marco A. Soto:

"Tegucigalpa, 1º de Octubre de 1882.

Señor don José Milla.—Guatemala.

Muy estimado amigo don Pepe: Su apreciable carta de 1º de Agosto próximo pasado, que puso en mis manos el señor Palma, me ha ocasionado viva emoción.

Celebro mucho que Ud. esté de acuerdo conmigo, en la parte de mi carta anterior, que se refiere al supuesto desembarco de Colón en Punta de Caxinas. Ciertamente, el Almirante no desembarcó en ese punto, y merece rectificarse este aserto histórico, diciéndose que fué el Adelantado.

Con referencia á la segunda parte de mi carta, me dice Ud. "que no le parece exacto que el Almirante no haya desembarcado en el Continente." En apoyo de esta aserción cita Ud. varias palabras de la carta que el Almirante dirigió á los Reyes Católicos, el 7 de julio de 1503; y fundado en ellas, Ud. cree *probado, de una manera innegable, el hecho de que si Colón no desembarcó personalmente en Punta Caxinas y Río Tinto, por estar muy enfermo cuando tocó en aquellos puntos, lo hizo muy pocos días después, en un lugar más hacia el Sur, puesto que asegura haber visto una sepultura en el monte, y da razón de animales que no era fácil le llevaran á los buques.*

A pesar de la respetabilísima opinión de Ud., todavía insisto en creer que el Almirante jamás desembarcó, nunca puso sus pies, en la tierra firme del continente americano. Como juzgo interesante esta cuestión, voy á permitirme manifestar á Ud. los fundamentos de mi humilde parecer. Talvez estudiando, dilucidando más este punto histórico, lleguemos á ponernos de acuerdo, ó yo á convencerme de mi error. Ruégole, si, disimule Ud. que sea, en esta carta, hasta prolijo, y que siga paso á paso al Almirante en sus heróicos viajes por las costas del nuevo continente. Empeñado como estoy en esta cuestión, no podría salir avante de otra manera.

Precisamente el cuarto viaje de Colón, que es en el que Ud. cree desembarcó, poco más ó menos en la costa de Nicaragua, pasado ya el cabo Gracias á Dios y el río Yare, es uno de los viajes marítimos que tiene más datos, más garantías histó-

ricas que ninguno otro de esa época fecunda en descubrimientos. Comprueban ese viaje los documentos siguientes: la carta citada de Colón fecha 7 de Julio de 1503; la Historia escrita por Don Fernando Colón, que acompañó en ese viaje al Almirante su padre; el Resumen escrito por Diego Méndez; y las Notas y el Diario del Notario Real, Diego Porras. Documentos históricos de tal importancia, esclarecen suficientemente los sucesos del cuarto viaje de Colón, y su examen, crítico puede resolvernos la cuestión que tratamos, del desembarco.

Según los historiadores que he podido consultar, el Almirante, después de haber tomado puerto en Punta de Caxinas, navegó hacia el levante, y el 17 de Agosto de 1502, aprovechando un momento de calma, lijera tregua en la contínua tempestad en que navegaba, dió orden de que atracaran en las orillas de un río y, que en la forma de costumbre, tomasen posesión de aquella comarca. Al río le llamó de la posesión, hoy río Tinto. Ud. dice, en la página 5ª de su Historia: "A unas quince leguas de la Punta de Caxinas desemboca en el golfo un río caudaloso (el Tinto) por el cual subieron los botes, y *habiendo bajado á tierra el Almirante,* con parte de su gente, enarboló, el 17 de Agosto, el real estandarte de Castilla, y tomó posesión del país, en nombre de los soberanos españoles." A mi entender, el Almirante no desembarcó en el río de la Posesión. Irving dice: "El 17 desembarcó el Adelantado de nuevo en un río á quince millas del punto anterior, y desplegando las banderas de Castilla tomó posesión &,&."

Herrera dice también: "Salió domingo, á catorce de agosto el Adelantado, con mucha gente de los navíos á oír misa, porque siempre que podían usaban salir á oirla, y á encomendarse á Dios, y el miércoles siguiente volvió á salir para tomar la posesión por los Reyes de Castilla ...." Diego de Porras dice: "14 leguas adelante de esta punta, hizo tomar la poseción, en un río que salía grande de la tierra alta, é dícese el río de la Posesión." Colón en su carta no habla sobre ese particular. Yo creo que al decir que el Almirante desembarcó en río Tinto, se incurre en la inmensa equivocación del desembarco en Punta de Caxinas, y que debe rectificarse, diciéndose que fué el Adelantado el que desembarcó en el río Tinto. Por lo que Ud. me manifiesta, veo que también Ud. tiene ya esta misma opinión.

Continuó su viaje el Almirante hasta llegar al gran cabo de Gracias á Dios el 12 de Setiembre. Pasado que lo hubo, mandó unas barcas á buscar agua y leña á un gran río. Las carabelas se detuvieron en la desembocadura, y los botes de la Capitana y la Vizcaina remontaron el río para traer dichas provisiones. Un golpe de mar que entró repentinamente, causó la pérdida del bote de la Vizcaina y de su tripulación. Impresionanado tristemente el Almirante por tal desgracia, llamó al río el Desastre.

El 17 de Septiembre encontró Colón un magnífico puerto, situado entre la pequeña isla de Quiribirí y la tierra firme, al frente de la aldea dicha Cariari ó Cariay, como la llaman Colón y Diego de Porras. Esta aldea estaba á la orilla de un

gran río; hay autor que fija su posición en los lugares donde hoy están Blewfields ó San Juan de Nicaragua. La naturaleza espléndida de aquella región y el adelanto que se notaba en sus habitantes, impresionaron agradablemente al Almirante. Desde que llegó comenzó á reparar sus naves, y por esto, ese día y el siguiente nadie saltó á tierra. Los indios de Cariay, *nadando*, llevaban á las carabelas mantas de algodón, armas, águilas de oro, etc., etc., á proponer en cambio á los castellanos. Colón no concedió permiso para ir á tierra sino hasta el miércoles por la mañana, 29 de Septiembre. El 30 desembarcó el Adelantado para informarse del país, y entonces aconteció que, al ver los indios al secretario de la escuadra escribir las contestaciones que ellos daban á don Bartolomé, cobraron miedo y huyeron, pensando que el papel, la pluma y la tinta eran cosas de hechicería y de maleficio.

Hasta en sus más pequeños incidentes está relatado lo acontecido durante la permanencia de la escuadra en Cariari ó Cariay. Los cronistas refieren el acto de delicadeza de los indios de esa aldea, cuando rechazaron los regalos que les había hecho Colón, porque éste no había aceptado los suyos, y el episodio de las dos muchachas que, como rehenes, enviaron los indios á las carabelas. Cuentan también que los habitantes de Cariay praticaban el embalsamamiento, construían sepulcros adornados de esculturas y hasta con figuras humanas, representando la imagen de los difuntos.

Si Colón hubiera desembarcado en Cariay, lo

habrían consignado los cronistas, como un suceso más digno de notar que el desembarco del Adelantado, que refieren hasta en sus más insignificantes pormenores.

El Almirante dice en su carta, que llegó á "tierra de Cariay, donde se detuvo á remediar los navíos y bastimentos, y dar tiempo á la gente que venía muy enferma". Más adelante y después de referir el episodio de las muchachas que le enviaron los indios, y decir que ellas traían polvos de hechizos escondidos, dice así: "Allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa y labrada y el cuerpo descubierto y mirando en ella." Este aserto no es de extrañarse; estaban carenando las carabelas, y para hacerlo, deben de haberlas aproximado mucho á la orilla: estando así, desde su navío, bien pudo el Almirante ver un mausuleo que era grande como una casa.

"De muchas maneras de animalías se hubo, dice Colón; mas todas mueren de barra. Gallinas muy grandes y la pluma como lana vide hartas. Leones, ciervos, corzos otro tanto, y así aves." Y continuó: "Cuando yo andaba por aquella mar en fatiga, en algunos se puso heregía que estabamos enfechizados ...." Diego de Porras explica como fué que vieron las aves, etc., etc., á que alude el Almirante. El escribano real dice que Colón llegó á una provincia que se llama Cariay, tierra de muy grande altura .... "Aquí, afirma, viemos puercos y gatos grandes monteses é los trajeron á los navíos." Según el testimonio de Diego de Porras, Colón debe haber visto los animales á que se refiere estando á bordo y no en

tierra. Además, el Almirante dice: "cuando yo andaba por aquella mar en fatiga." Nunca se refiere á viajes ni á fatigas en tierra.

Extraño parece que el Almirante diga haber visto leones. Puede haber visto pieles de esos animales, que es de suponerse le llevaron los indios, y lo más, aunque improbable siempre, algún león muerto, cazado por los españoles. De otra suerte, no se explica como fué que vió leones el Almirante. Habría podido verlos habiendo desembarcado, y que diera la casualidad de que en la aldea de Cariay tuvieran algún león enjaulado, lo cual parece inverosímil. Los leones se encuentran en las selvas solitarias y en las altas montañas: sólo en esos lugares pudo haberlos visto el Almirante. Si Colón hubiera desembarcado é internádose en una cacería, los cronistas habrían consignado el hecho con todos sus detalles. Pero esto no puede haber sido: Colón estaba entonces gravemente enfermo, cansadísimo de las grandes tempestades que había sufrido, y ocupado en reparar las naves. No estaba en aquella sazón para desembarcos ni excursiones de montería; y por consiguiente, no pudo haber visto leones vivos, á no ser que los hubiesen llevado á los navíos.

Parece que el Almirante, á veces, da como vistos por él, objetos que deben de haberle descrito, *á su modo*, los de la tripulación. En esa misma carta dice: "Un ballestero había herido una animalía que se parece á gato paul, salvo que es mucho más grande y el *rostro de hombre*." Nadie puede haber visto tal animal, porque no existe ninguno con rostro de hombre. En varios pasajes de las

cartas de Colón se nota que da por suyas observaciones hechas por otros. Por ejemplo, cuando refiere su viaje por el golfo de Paria, dice: "Y el otro día siguiente *envié las barcas á sondear* y *fallé* en el más bajo de la boca que había seis ó siete brazas de fondo etc." Claro es que los que *fallaron* esa profundidad fueron los que iban en las barcas y no el Almirante.

En Cariay, Colón mandó tomar algunos indios para llevarlos consigo y *saber los secretos de la tierra.* Tomaron siete, y el Almirante se quedó con dos. A éstos es á los que se refiere cuando dice: "*Dos indios me llevaron á Carambarú, á donde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro* ...." Diego de Porras dice también: "Aquí (en Cariay) se tomaron indios para lenguas é quedaron algo escandalizados." Pero es claro que los indios llevaron a Colón *por mar,* no por tierra; es decir, indicándole el rumbo de la costa donde se encontraba aquella tierra del oro, de la que le había hablado el indio Giumbé, de la isla de Pinos.

Cuando Colón se quedó con los dos indígenas, para que le sirvieran de guía y de intérpretes, fueron á pedírselos cuatro mensajeros, llevando piedras preciosas y otros objetos de valor, como precio del rescate. Colón no devolvió los prisioneres. Los delegados regresaron descontentos, y viendo los indios que el regalo de pedrería no había producido resultado, ni el de muchachas tampoco, dispusieron ir á ofrecer al Almirante dos puercos salvajes y muy feroces que llamaban *begares ó sea pecaris,* especie á que se refiere Cuvier en sus Anotaciones al Cuarto viaje de Colón. Es-

te recibió los animales é hizo algunos regalos, pero no devolvió á los indios prisioneros.

Llegó á Caraurao ó Carambaru, bahía magnífica con varias islas y canales. A este golfo encantador, por lo pintoresco, le llamaron también Cerabaro, y hoy se llama "Bahía del Almirante." El 7 fueron las barcas á tierra firme, é hicieron varios cambios de baratijas por espejos de oro que tenían los indios. Pasó enseguida la escuadra á Aburema, á Catibá, á Hurirán y á Cubigá, distante como cuarenta leguas de Caraurao. El 2 de Noviembre entró en Puerto Belo. Por las lluvias y el mal tiempo, el Almirante estuvo allí 7 días. El nueve de noviembre entró al puerto de "Nombre de Dios", que llamó también de "Bastimentos" ó de las "Provisiones". Siguió hacia el levante, y llegó á una tierra llamada Cuiga ó Guaigua. Continuó hasta llegar el 26 de Noviembre, al pequeño puerto del Retrete. Refiriéndose á las escaramuzas que provocaron allí los marineros, que sin licencia del Almirante saltaban á tierra y cometían abusos en las casas de los indios, dice Herrera, que "estos hasta se atrevieron á dar contra los navíos que, como estaban con el bordo en tierra, les parecía que podían hacer daño". Así deben de haber estado los navíos de Colón, cuando estuvo en Cariay, y esto hace presumir que lo que vió en aquella aldea, fué desde los navios y no en tierra. El Almirante iba siempre procupado con la idea de encontrar *el estrecho* que él suponía, y por esto, siempre que le era posible, seguía la costa hasta en sus contornos más insignificantes.

El Almirante salió del Retrete el 5 de Diciem-

bre, y navegó hacia el Este, llegando á Puerto Belo. Al salir de allí le acometió tremenda tormenta, por lo que llamó á esa costa la de los Contrastes. En todo este tiempo no se habla de desembarcos. El Almirante estaba muy enfermo padeciendo de la gota, y con una de sus antiguas heridas abierta. El 17 de Diciembre logró entrar en un puerto estrecho, cerca del cual había un pequeño pueblo. El 6 de Enero de 1503 entró la escuadra en el río "Yebra," que llamó Colón "Belén." Se internó por ese río en busca de minas. El 12 de Enero el Adelantado fué á subir con las barcas el río Veragua, hasta el pueblo donde mandaba el cacique Quibian. Este pasó á Belén á visitar al Almirante, quien dice: "*Llovió sin cesar hasta el 14 de febrero, y no tuve ni una sola ocasión para penetrar en el interior de las tierras ni repararme de lo más mínimo.*" Sin embargo del mal tiempo, el Adelantado, con 70 hombres, subió el río de Veraguas y exploró las minas. Don Bartolomé, por orden de Colón, visitó también la costa abajo, y llegó al río llamado Urirá. Estuvo en el pueblo de Zobrabrá, pasó á Catebá y regresó á dar cuenta al Almirante, informándole que no había mejor puesto, para poblar, que el río de Belén. Allí fué donde se intentó fundar el primer pueblo castellano en tierra firme.

Diego Méndez refiere extensamente en su "Testamento" lo que pasó en esos días, y no hace la más pequeña mención de desembarcos del Almirante. Refiere, con detalles, el desembarco del Adelantado, la fuga de Quibian, que llevaban pri-

sionero en una barca, y la vuelta de don Bartolomé á los navíos, acaecida el 1º de Marzo.

Del puerto de Belén, dirigiéndose hacia el levante, llegan á Puerto Belo y pasan arriba del "Retrete" á una tierra de muchas islas que llamó el Almirante las "Barbas" y después se llamó "San Blas." Continúan más adelante diez leguas, *"que fué lo postrero que vió el Almirante de tierra firme; y á primero de mayo volvió á la vía del Norte para tomar la Española"*.

En todas las historias que he leído, y de las cuales he tomado los datos á que me refiero en esta carta, no he encontrado el más leve indicio de que haya noticia de algún desembarco de Colón en la tierra firme. Todos los detalles de esa expedición están referidos por los cronistas. Estos hablan minuciosamente de los desembarcos del Adelantado, de las expediciones de Diego Méndez, de las excursiones de los españoles, de la herida que recibió don Bartolomé, combatiendo contra los indios, de las congojas y desesperaciones de Colón, y de las tempestades que sufrieron en ese viaje tormentoso, en que jugaron la vida, hora por hora. Si el Almirante hubiese alguna vez desembarcado, no es de creerse que los historiadores dejaran de consignarlo como un hecho digno de nota. En Cariay, se dice que desembarcó el Adelantado. Si hubiera hecho lo propio el Almirante, ¿por qué habían de callarlo los cronistas? Si tal hubiera sucedido, el mismo Colón lo habría dicho. Creo que el Almirante no abandonaba su puesto á bordo por desconfianzas, porque temía siempre alguna mala partida de los

que le acompañaban, y porque su mala salud casi no le permitía moverse. Además, el inmortal genovés, preocupado como estaba de encontrar el *paso del estrecho*, recorría la costa con ese exclusivo fin, dejando para explorar más tarde las tierras que descubría en su ruta, á lo largo de la costa.

Me dice Ud. también que, *unque Colón no haya desembarcado en la tierra de Trujillo, á ésta corresponde la gloria de haber sido el primer punto del Continente descubierto por Colón.*

Tampoco en este punto histórico tengo la fortuna de hallarme de acuerdo con Ud., pues creo que Colón descubrió la tierra firme del Continente americano en su tercer viaje, como paso á demostrarlo.

El 30 de Mayo de 1498 salió el Almirante con seis buques, del puerto de San Lúcar de Barrameda. Pasó por las Canarias, por las islas del Cabo Verde, y descubrió la isla de la Trinidad. Tocó en el cabo que llamó punta de la Galea, y que hoy se denomina cabo Galeota: allí encontró un pequeño puerto, pero no pudo entrar en él y continuó hacia el medio día, donde encontró otro puerto. El 1º de Agosto de 1498 llegó al cabo del Arenal, que hoy se llama punta de *Hicacos*. Allí descansaron, y Colón mandó plantar una cruz. Cuando el Almirante tuvo á su derecha el último cabo de la extremidad oriental de la isla de la Trinidad, y vió á su izquierda la extremidad de la costa que baña el caudaloso Orinoco, fué cuando contempló por vez primera, la tierra firme del Continente Americano, aunque á él no le pareciera así, porque veía la tierra dividida por las corrientes de

las siete grandes bocas del Orinoco, que dan á aquel litoral la apariencia de islas.

El Conde Roselly de Lorgues dice, en apoyo de esta aseveración, que el primer punto del nuevo Continente que fijó necesariamente la atención de Cristóbal Colón, cuando quiso doblar la punta de Hicacos, para reconocer la costa interior de la Trinidad, se halla comprendido entre el cabo del Morro y el cabo de Medio en el delta del Orinoco.

El Almirante llamó á la primera tierra del continente que tuvo á la vista "Tierra de Gracia." Se dirigió en seguida á un promontorio que divisó, y que creía era prolongación de "Tierra de Gracia." Allí encontraron tierra cultivada, agua muy buena, monos, etc., etc.; y el Almirante mandó á Pedro de Terreros que desembarcara con un desdestacamento. El domingo mandó tomar posesión de aquella tierra, en la forma acostumbrada. En este lugar tampoco desembarcó Colón. "Representó al Almirante en aquella ceremonía, dice de Lorgues, el virtuoso jefe de su servidumbre, el capitán Pedro de Terreros; porque el estado agudo de su oftalmía le obligaba en aquel momento á quedarse encerrado en su camarote. El primer europeo, pues, que pisó el nuevo Continente fué Pedro de Terreros, y el segundo Andrés de Corral."

Continúa el Almirante sus excursiones hasta llegar á la tierra de Paria; pero tampoco desembarcó en esa costa. El ilustre Lamartine cree que sí, y en su Biografía de Cristóbal Colón, dice lo siguiente: "Llegado esta vez por otro camino, á la isla de la Trinidad, la reconoció, la dió denominación, y doblando la isla costeó la verdadera tierra

de América, junto á la embocadura del Orinoco. La dulzura del agua de mar que probó en aquellos parajes, hubiera debido convencerle de que el río que desemboca en el Océano, con una masa suficiente para desalar sus aguas, no podía venir sino del Continente. *Desembarcó,* no obstante, en aquella costa, sin sospechar que era la playa del mundo desconocido. Hallóla desierta y silenciosa, como un territorio que aguarda á sus huéspedes. Un humo lejano, por encima de vastos bosques, una cabaña abandonada, y alguna huella de pies desnudos sobre la arena, fué todo lo que contempló de la América. El no hizo más que imprimir en ella su primer paso, y pasar una sola noche bajo la vela que le servía de tienda; pero este primer paso hubiera debido bastar para dar su nombre á aquel medio mundo."

Tan bellas palabras son dignas de un poema, pero la poesía no es la historia. ¿En qué puede haberse fundado Mr. de Lamartine para afirmar que Colón desembarcó en la costa del continente, que *imprimió* su primer paso en aquella playa, y que pasó una noche bajo una tienda de campaña? El mismo Colón en su carta dirigida á los Reyes Católicos desde la Española, refiriéndoles su tercer viaje, dice precisamente lo contrario.

El Almirante y sus historiadores, refieren que el 31 de Julio, á medio día, Alonso Pérez vió tierra al poniente, donde aparecían tres montañas juntas: era la isla de la Trinidad. A hora de completas llegó Colón al cabo que nombró de la Galea,

El 1º de Agosto pasó por la punta de Alcatraz, en la costa Sur de la Trinidad, y arribó á la punta

del Arenal ó de Hicacos, que es la que está más al sudeste de la misma isla. Allí fué donde los de la tripulación hallaron huellas de patas de venado y donde llegó una canoa con veinticuatro indios. Cuando llegó Colón á la punta del Arenal, notó que se extendía una gran boca de dos leguas de largo de poniente á levante, entre la isla de la Trinidad y la tierra que llamó de "Gracia," y que para entrar é ir rumbo al septentrión, había corrientes muy fuertes. *Surgió* fuera de dicha boca, cuando llegó á la punta del Arenal, y al día siguiente pasó esa boca y halló aguas tranquilas y dulces. Navegó al septentrión, hacia una tierra muy alta, á donde él calculó había veintiséis leguas de la punta del Arenal; pero rectificada hoy esa distancia, sólo se miden trece leguas y dos tercios. "Allí, dice el Almirante, había dos cabos de tierra muy alta; el uno de la parte del Oriente, y era de la misma isla de la Trinidad, y el otro del Occidente de la tierra que dije de Gracia," Los nombres que hoy tienen esos cabos, son: el de la isla de la Trinidad: "*Punta de la Peña Blanca,*" y el segundo: "*Punta de la Peña.*" "*Fasta entonces, yo no había habido lengua con ninguna gente de estas tierras,*" dice Colón. Continuó navegando hacia el Poniente, y llegó á unas tierras labradas, que se supone son las de Macurro, en la costa septentrional occidental del golfo de Paria. *Allí surgió* y envió las barcas á tierra: continuó buscando el fin de la sierra, encontró un río y *surgió*: llegaron muchos indios y le dijeron que esa tierra se llamaba Paria; tomó cuatro de ellos y navegó hacia el Poniente, arribando á una punta que dió el nom-

ber de "Aguja" y ahora se llama "Alcatraces." *Hallé,* dice en su carta, *unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas: llegué allí una mañana á hora de tercia, y por ver esta verdura y esta hermosura, acordé surgir y ver esta gente de los cuales luego vinieron en canoas á la nao á rogarme de parte de su rey que descendiese en tierra, é, cuando vinieron que no curé de ellos, vinieron á la nao infinitísimos en canoas............*" En el párrafo siguiente dice el Almirante que habría querido detenerse, pero que no podía, á causa del mal estado de los víveres: que envió las barcas á tierra á buscar perlas; y agrega: "La gente nuestra que *fué á tierra* los hallaron tan convenibles, etc." Los que desembarcaron, le refirieron los usos y costumbres de los indios, y la manera y modo con que los habían recibido. Después de la visita que hicieron los españoles á los indios, regresaron aquéllos en las barcas á los buques, "*é yo luego,* dice Colón, *levanté las anclas porque andaba mucho de priesa,*" agregando que se encontraba también muy enfermo de los ojos.

Las palabras citadas de Colón prueban evidentimente que lo que afirma Mr. Lamartine no es exacto. El Almirante asegura que no aceptó la invitación de los indios para desembarcar, y que todas las noticias que de ellos tuvo le fueron comunicadas por los españoles que desembarcaron. Esto es una prueba concluyente, á mi juicio, de la inexactitud del aserto de Mr. de Lamartine. No es este el único dato errado que se encuentra en las bellas páginas que el ilustre cantor de la Gironda consagró al sublime génio del descubridor de

América. Colón llegó á la Rábida en el estío de 1485, y Mr. de Lamartine dice que fué en la primavera de 1471. Como se ve, hay un error de 14 años, que casi no tiene disculpa.

Washington Irving no habla de desembarcos del Almirante, en su tercer viaje. Confirmando la opinión de que la tierra del delta del Orinoco fué la primera tierra firme que divisó Colón, dice: "El 1º de Agosto, vió Colón tierra, al Sur, que se extendía desde lejos, más de veinte leguas. Era aquel trecho bajo de costas que interceptan los numerosos brazos del Orinoco; pero el Almirante, suponiendo que era una isla, le dió el nombre de isla Santa, no imaginando que entonces, por la vez primera, veía el continente, la tierra firme, que con tanto afán había buscado." Según Herrera, Colón llamó primeramente Isla Santa á la que después, vista por otro lado, le dió el nombre de "Tierra de Gracia," que el creyó era una isla. Herrera no hace mención alguna de que haya desembarcado el Almirante.

Fundado en todo lo expuesto, me parece claramente probado que la primera tierra firme del continente americano que vió Colón, fué la "Tierra de Gracia," y no punta de Caxinas, que visitó hasta en su cuarto viaje. El Almirante estaba durante su tercer viaje, sumamente enfermo, y sufría mucho de los ojos. Talvez esto le impidió desembarcar, en una tierra que lo convidaba con sus encantos, y que le parecía tan asombrosamente bella, que la creía digna de abrigar en su seno el divino paraíso terrenal. Quizá hasta sus deberes de disciplina, no le permitían aban-

donar el buque almirante, ni por un momento siquiera.

Cristóbal Colón es el primer europeo que vió y pisó tierra americana, cuando desembarcó, el primero, en la isla de Guanahaní, el memorable 12 de Octubre de 1492. Cuando estuvo en Cuba creyó haber tocado tierra firme, pero este fué un error; en 1508, Sebastián de Ocampo, de orden del Comendador Ovando, rodeó á Cuba y descubrió que esta era una isla y no tierra firme. ¡Destinos raros los del gran Colón! Busca por la vía de Occidente las Indias Orientales, y tropieza con la virgen América, tendida entre los dos océanos; encuentra un mundo nuevo destinado á ser templo de la libertad universal, asiento de las nuevas ideas y de las nuevas formas sociales y políticas que batalla por darse la humanidad. Crée haber tocado en Cuba tierra firme adherida al Asia, "el fin de Oriente," y resulta ser la reina de las islas, la grande Antilla. Contempla las costas del verdadero continente, con que su constancia, su fe, su ciencia y su heroísmo habían completado el mundo, y crée que son islas las que tiene delante de sus ojos. Descubre lo que nadie había soñado que existiera, y lo que nadie tendrá la gloria de volver á descubrir; un mundo nuevo, el complemento del globo, y no pone sus piés en ese continente, no santifica la nueva tierra con la huella de sus plantas. Presiente su genio prodigioso que debía de haber un estrecho que sirviera de paso á las regiones orientales, y hasta hoy, en la parte central de la América, donde el gran Almirante del Océano lo buscaba; el siglo XIX, el gran

siglo del progreso y de la ilustración, corrigiendo á la naturaleza, se ocupa en abrirlo, y lo abrirá sin duda en Panamá ó Nicaragua. Sueña con riquezas, y vive en la más estrecha pobreza, mientras que los que se adueñan de su mundo, sacian con cantidades fabulosas de oro, su *atroz codicia*. Personifica en toda su alteza la ciencia y las virtudes del mundo antiguo, corona la empresa más grandiosa de la Historia, porque el descubrimiento de América ha hecho la unidad material del género humano, así como la civilización y la libertad harán un día su unidad moral; y la gloria, la gloria por tantos títulos merecida, no le acompaña en sus últimos momentos, amargados por la ingratitud de los magnates, y por la estupidez del vulgo. Tal es la suerte de los grandes hombres: la posteridad los glorifica hasta la apoteósis, pero el presente se ensaña contra ellos, los desconoce, los abate, los ultraja, los calumnia, los martiriza y hasta los mata!

Mientras más estudio los puntos de nuestra antigua historia, á que me refiero en esta carta, más deseo siento de descubrir la verdad. Por esto ruego á U. se sirva estudiarlos de nuevo, y darme sobre ellos su ilustrada opinión, para mí tan respetable. Es de extrañarse no ver tratada en ningún autor la cuestión de si desembarcó ó no Cristóbal Colón en la tierra firme del continente americano. Yo soy un simple *principiante*, en esta clase de estudios históricos; no teniendo, por lo tanto, la menor confianza en mi criterio propio, acudo á la fuente de la luz, al maestro en nuestra antigua historia patria.

Espero que U. me mande lo más pronto posible, el segundo tomo de la "Historia de la América Central," que está publicando, para dar la orden de que envíen los ejemplares á que está suscrito mi Gobierno. Todas las épocas son interesantes en la historia. La Geología, estudiando las capas de nuestro planeta, nos interesa y apasiona: la Historia Antigua, enseñándonos la formación de las sociedades, nos muestra las capas que las han, sucesivamente, constituido, y no interesa ni apasiona menos que la Geología. Nuestro pasado colonial es de ayer. Su estudio nos mostrará los elementos heterogéneos de que está formada nuestra sociedad, las ideas predominantes de la colonia, que aún viven, y explicará, en parte, ante la Filosofía de la Historia, los sucesos de nuestra moderna edad republicana. La empresa que U. está llevando á cabo, es tan árdua como importante. Yo deseo ardientemente que U. le dé pronto y feliz remate."

Después que tales cartas salieron á luz, las cuestiones de que en este capítulo se trata, hánse debatido. con más argumentos y mejores pruebas.

Es un hecho, innegable á mi juicio, que Cristóbal Colón descubrió la costa de Paria, en su tercer viaje [como relacioné en el capítulo VI], y reconoció la tierra firme, el Continente Americano, desde el 1º al 17 de Agosto de 1498. Allí *desembarcó* el 6 de ese mes, y *vido gente*, según consta en la "Relación del tercer viaje," que hizo el Almirante mismo. El distinguido americanista don Cesáreo Fernández Duro, es quien

ha recogido concluyentes datos acerca de ese punto, en el Archivo de Indias de Sevilla, hasta demostrar que el preclaro marino puso sus piés en aquella costa (69). "Y en efecto, siguiendo paso á paso el itinerario que, copiado casi á la letra del original, inserta el P. Las Casas, se ve que pasó aquellos días reconociendo la costa de tierra firme, desde las bocas del Orinoco hasta el confín de Paria, en aquel golfo cercado de tierra firme por una parte, y por otra de la isla de la Trinidad, creyendo siempre que la que llamó isla Santa lo era en afecto, y lo mismo las que denominó de Gracia, Punta Seca, Punta Llana, Isabela y otras, cuya localidad no puede comprobarse hoy, pues eran cabos de la costa continental, separados por los brazos del río. Imposible parecerá que, en todos esos días, no bajara á tierra el Almirante, cuando tantos motivos tuvo para hacerlo; y aunque es cierto que consigna en varias ocasiones que iba muy molesto de la gota, y de la enfermedad de los ojos, que del contínuo velar y de la fuerza del viento se le irritaron, á tal punto que se le cubrieron de sangre, como él dice, bien parece de sus expresiones, que en más de un ocasión bajó á tierra para reconocerla.

"Estando en esta punta del arenal, escribe el P. Las Casas, que es fin de la isla de la Trinidad, vido hacia el Norte cuarta del Nordeste, á distancia de quince leguas, un cabo ó punta de la misma tierra firme, y ésta fué la que se llama Paria. El

---

(69) Colón y Pinzón. Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, por el Capitán de navío, D. Cesáreo Fernández Duro.

Almirante, creyendo que era otra isla distinta, púsola por nombre la isla de la Gracia ....Envió á tierra las lanchas, y hallaron pescado y fuego, y rastro de gente, y una casa descubierta; de allí anduvo ocho leguas, donde halló puertos buenos. Esta parte de esta isla de Gracia, dice (el Almirante) ser tierra altísima, y hace muchos valles, y debe ser poblada, porque *él lo vido* todo labrado; y los son muchos porque cada valle tiene el suyo de legua á legua; hallaron muchas futas y unas como uvas y de buen sabor, y mirabolanos muy buenos, y otras como manzanas, y otras como naranjas, y lo de dentro es como higos; hallaron infinitos gatos paules; y las aguas las mejores que vieron,"

"Todo esto parece dicho de ciencia propia; luego más adelante agrega,—"Navegué á un ancón, lunes 6 días de Agosto, cinco leguas, *donde salió y vido gente ....*" Aún puede creerse que desembarcó, y quizá no una vez sola, en la costa de Paria, en los primeros días del mes de Agosto de 1498" [70].

Así, pues, la investigación y la crítica han resuelto que es hecho probado el desembarco del insigne descubridor en el suelo americano: *varias veces bajó á la tierra de Paria,* en las bellísimas costas que el Orinoco baña con sus frescas aguas.

En cuanto al segundo punto contravertido, sobre si pisó el incomparable marino genovés el

---

[70] Cristóbal Colón, por don José María Asensio, tomo II, página 205.

suelo de Centro América, me inclino á pensar que, conforme con la tradición, y de acuerdo con la verdad, está la creencia afirmativa. Acerca de tan interesante controversia, merece tenerse en cuenta lo que, con conocimiento de la costa del Norte de Honduras, por haber vivido en ella muchos años, dice el General don Eduardo Viada. Helo aquí:

"Yo he leído repetidas veces, ya en documentos como en obras distintas, que si bien Colón enfermó en Puerto Hermoso, tan pronto como recuperó la salud, emprendió viaje hacia el Sud–Oeste, descubriendo la isla de la Guanaja, después de haber tocado en Jacmel, Cayos Morant y los Jardines: yo he leído que desde la Guanaya vió el Continente y se dirgió á él, *fondeando al Norte de la Punta de Caxinas* (71), continuando poco á poco después su viaje con rumbo al Este: yo he leído que *Colón desembarcó en la Punta de Caxinas*, y que *no tomó puerto*: yo he leído, que como de costumbre, *se celebró en Punta Caxinas el santo sacrificio de la misa, tomándose acto cotinuo posesión de las nuevas tierras:* yo, en fin que escribo sobre el terreno de los acontecimientos, y que conozco esta costa palmo á palmo, puedo asegurar que lo que he leído, estudiado sobre el mismo lugar de los sucesos, tiene todos los visos de la más perfecta certeza, sin que por esto, ni remotamente crea que tal sea la verdad de los hechos, que bien puedo estar equivocado.

(71) Se le dió tal nombre á dicha Punta, por la multitud de frutas que allí había, llamadas *caxinas* por los naturales, y que hoy conocemos con el nombre de icacos.

Hace ya algunos años que vivo en este puerto, y sé por tanto de una manera cierta y positiva, porque la experiencia práctica me lo tiene demos, trado, que en el mes de Agosto jamás reinan temporales en estas costas: si por pura casualidad, en Agosto de 1502, hubieran reinado los malos tiempos que algunos autores suponen, ¿cómo se explica *que habiendo tomado puerto la flotilla de Colón y doblado ó remontado la Punta de Caxinas* según Roselly de Lorgues, el 17 del mismo mes-es decir, tres singladuras después, se encontrara aquella fondeada á *quince leguas* al Este de dicha Punta, tomando posesión del territorio en nombre de la Corona de España, frente á la desembocadura de un río que *suponen* ser el río Tinto?

Cualquiera que tenga superficiales nociones de náutica, comprenderá que aquello era imposible, y tal imposibilidad se hace mayor al considerar, que ni Colón tenía experencia alguna de la navegación por estas costas, ni sus carabelas reunían las condiciones necesarias para arriesgarlas á tontas y locas, de la manera que quiere suponerse.

Los buques que, con rumbo al Norte–Sur, tienen la suerte de poder remontar y doblar la Punta de Caxinas bajo un temporal, deben forzosamente fondear, no en la bahía, no en el *puerto*, porque éste no presta seguridad alguna, sobre todo si reinan los vientos del cuarto cuadrante, si no en un recodo situado á cinco millas del *puerto*, denominado "El Rincón," en la completísima seguridad de que no desamparan aquel refugio, hasta tanto que la marejada que es muy fuerte,

calma, pues de otro modo, batidos por la rápida corriente del Golfo, tienen que echarse mar afuera para precaverse de una catástrofe casi segura é inevitable.

Por tan fundadas razones yo creo, primero: que Colón al hacerse á la vela de Puerto Hermoso, había recobrado la salud; segundo: que descubrió la Guanaja, isla á la cual dió el nombre de "Pinos," "por la abundancia de árboles de aquella clase que en ella encontró" (72), y desde allí vió el Continente hacia el cual hizo proa con rumbo Sur franco; tercero: que la flotilla descubridora fondeó al Norte precisamente de la Punta de Caxinas, en donde Colón, que no estaba postrado en su lecho como algunos suponen, *puso sus piés* en dicho punto; cuarto: que, *como siempre lo hicieron los españoles*, se celebró alli el santo sacrificio de la misa, tomando acto continuo posesión del territorio en nombre de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel; y por fin, que desde el citado fondeadero, siguio Colón con rumbo al Este, reconociendo la dilatada costa que corre hasta el cabo que nombró de "Gracias á Dios;" deduciéndose, por tanto, *que no tomó puerto*, y si lo tomó, es, bajo el punto de vista de la ciencia teórico-práctica de la navegación, imposible, de todo punto imposible, que con malos tiempos abandonara su fondeadero de "El Rincón," y que el 17 de Agosto se encontrara ancla-

(72) Asi dicen varios autores; pero yo no opino de igual manera, puesto que, en toda la isla, cuyos bosques y montes se encuentran aún sin explotar, no se halla un sólo pino, ni señal de haberlo habido jamás.

da la flotilla frente á la desembocadura del río Tinto.

Otro error crasísimo hallo en aquellas distintas narraciones.

Los historiadores que suponen que *ni desembarcó Colón en la Punta de Caxinas ni que en ellas se tomó posesión de las nuevas tierras descubiertas,* afirman unos que á quince millas y otros que á quince leguas! fondeó en la costa Este, frente á un caudaloso río, al que llamó de la "Posesión," por haberse verificado allí el acto solemne á que alude dicha frase.

Pues qué, pregunto yo, ¿no pudiera suceder que, siendo el primer río caudaloso que vieron desde la Punta de Caxinas, le ocurriera á Colón denominarle de la "Posesión," por la que acababan de tomar, en la referida é inmediata Punta?

Además, á diez y ocho millas exactas de la Punta de Caxinas se encuentra al río Romano, más conocido con el nombre de Aguán, el cual, como todos saben, es caudalosísimo. ¿Tendrá razón en este caso, el historiador Washington Irving, y será el Romano á Aguán donde se supone se verificó aquella ceremonia, dándole el nombre de río de la Posesión.

A cuarenta y cinco millas geográficas, ó sean quince leguas marítimas de la Punta de Caxinas y al Este de ella, se encuentra precisamente la desembocadura del Río de la Miel. ¿Será acaso éste el que llamaron de la Posesión y en el cual, según dice el Conde Roselly de Largues, se clavó el estandarte castellano?

Desde la Punta de Caxinas hasta la confluencia del río Tinto al mar, hay matemáticamente medidas setenta y ocho millas geográficas ó sean veintiséis leguas. ¿Habrá álguien que pueda concebir que un marino de la talla del inmortal Almirante, pudiera padecer un error de cálculo en la navegación, nada menos que de ¡treinta y tres millas! ó sean once leguas marítimas? Y no olvidemos que Colón navegaba con *gobernalle* y con brújula, y que en sus narraciones dice, al hablar de la marcha de sus naos, no, "Corrimos ó navegamos tantas horas, ni tanto tiempo," sino "anduvimos tantos nudos," lo cual indica bien claramente que usaba de la corredera para saber la distancia que recorría.

Véase, pues, como en esto hay también un error notable, quedando por tanto en pié, la cuestión de cuál será el río que llaman de la "Posesión," los que sostienen que allí y sólo allí, y no en la Punta de Caxinas, fué donde se verificó la toma de posesión del continente descubierto por Colón."

El erudito historiador chileno don Diego Barros Arana, hablando de este cuarto viaje, asegura que Colón, no sólo exploró prolijamente la costa, sino que *desembarcó* en algunos puntos (73). El norte-americano Mr. William V. Wells, sostiene que fué Honduras la primera tierra del continente que Colón visitó, el 14 de Agosto de 1502; pero ya se ha visto que antes había estado en suelo venezolano (74). Por último (y esta es la opi-

---

(73) Barros Arana. Historia de América, pág. 138. Santiago 1,865.

[74] Explorations and adventures in Honduras, page 450.

nión más caracterizada) dice el ilustrísimo académico Fernández Duro:

"El cuarto y último viaje del Almirante tenía por objeto exclusivo el reconocimiento y posesión de la Tierra-firme, debiendo hacerse relación, por escribano, de las producciones, y fundar pueblo con la gente de la armada, según instrucción y mandato de los reyes. Cuatro navíos, el mayor de 70 toneles, y el menor de 50, componían la expedición, que salió de Cádiz, el 11 de Mayo de 1502 (75), y habiendo tocado en la isla Española y visto los Jardines en la de Cuba, navegó al Sudoeste, hasta recalar sobre la Guanaja, siendo muy penosa la travesía, por la contrariedad de vientos y mares. El mismo Almirante consignó que iba la gente enferma y angustiada por falta de reposo en tantos días, y que él adoleció también por el desvelo y trabajo, creyéndose á la muerte; así desde una camarilla que mandó hacer sobre cubierta, mandaba la vía.

Desde la Guanaja se avistaba una tierra muy alta que sirvió de guía, atrayendo las naves á la *Punta de Caxinas* ó puerto de Trujillo, donde se celebró el sacrificio de la misa, el domingo 14 de Agosto, bajando á tierra el Adelantado don Bartolomé Colón, con los Capitanes, las banderas y mucha gente (76). El miercoles 17 surgieron los navíos en un río, por el que entraron las barcas conduciendo al mismo Adelantado y acompañamiento, para la toma de posesión, que se veri-

[75] Según la Relación de Diego de Porras y la Historia de don Fernando. El Padre Las Casas pone la salida el 9 de mayo.

[76] Don Fernando, cap. 90. Las Casas, cap. 21.

ficó en presencia de los indios (77); no asistiendo el Almirante por hallarse á la sazón mal dispuesto (78).

De el río de la Posesión continuó el descubrimiento hacia Oriente, con lentitud por ser los vientos contrarios y tempestuosos. Nunca se apartaban las naos de la costa, fondeando por la noche.

El 12 de Septiembre doblaron el cabo nombrado Gracias á Dios, (79) surgiendo en la costa de Cariay, con propósito de remediar los navíos y dar aliento á la gente. Bajó á tierra el Adelantado, siendo bien recibido de los indios, y con las noticias que dieron, requiriendo puertos y bahías, rescatando objetos de valor y haciendo observaciones, prosiguió la exploración por *Puerto Bello*, *Bastimentos* y el *Retrete*, escalas aprovechadas en el adobo de las naves.

Sabiendo que más adelante no había joyas que rescatar, determinó el General retroceder en busca de *Veragua*, y por no haber agua suficiente en el río de este nombre, entró con las naves en el inmediato de Belén, desde el cual ordenó el Adelantado que reconociera el interior de la tierra; y pareciéndole el sitio á propósito, dispuso así mismo que en la orilla del río, cerca de la boca, empezara la gente á construir casas de madera,

---

[77] Los mismos y relaciones de Diego de Porras.

[78] En las referidas probanzas declaró el Adelantado don Bartolomé "que en nombre de SS. AA. con trompetas y bandera tendida, tomó posesión, porque el Almirante estaba á la sazón mal dispuesto para lo hacer."

[79] Hay también variedad en esta fecha.

conato de la primera villa de Tierra-firme, que fracasó por la mala disposición de los indios en admitirlas. Hubo que reembarcar, por consiguiente, los materiales y abandonar el mayor de los navios; otro quedó por inútil en *Puertobello*, á donde volvió el Almirante, y corriendo las costas con los dos restantes, hasta el punto que nombró *Mármol*, en la parte más estrecha del istmo, se apartó de la tierra para no verla más, á 1º de Mayo de 1503, navegando hacia el Norte."

En ninguna de las relaciones, cartas é historias que esta mención resume con fidelidad, se dice que el Almirante bajase á tierra: lo mismo que en los actos de la primera misa, y toma de posesión, en las expediciones que se internaron al reconocimiento de los pueblos y las minas; en las entrevistas con los caciques; en la prisión de Quivio, el principal entre ellos, figura siempre el Adelantado; pero tampoco consta en los documentos que el Almirante no saliera de abordo, como se inclina á creer el Doctor Soto, y sin prueba negativa no cabe asegurarlo; antes lo probable, lo natural, si no lo seguro, es que el descubridor no contó entre sus penas la de dejar de hollar el Continente por él inventado. De los mismos papeles parece implícitamente desprenderse.

Escribió á los Reyes desde Jamaica, que cuando navegaba de la Española para Tierra firme cayó muy enfermo (80) *llegando fartas veces á la muerte* (81). Por ello no bajó á oír la misa en Trujillo, ni tomó personalmente la posesión en Río Tinto

(80) Navarrete, Tomo cit. I, pág. 306
(81) Navarrete Tomo I. pág 298

(82); mas al llegar á "Gracias á Dios," cesando las contrariedades y las molestias del viaje, debió desaparecer también la enfermedad, siendo acaso tan gran beneficio el que dictó el nombre significativo del Cabo. Tratando de éste, se dilata el ánimo del Almirante, en la carta referida, dando por pasadas las mortificaciones que va refiriendo, hasta concluir con la frase digna de atención: *yo, como dije, havía llegado muchas veces á la muerte, alli* (en Cariay) *supe de las minas de oro que buscaba.*

Ofrécele tan bella arribada el colmo de la ventura; remedia las naves, da reposo á la gente, recibe agasajos de los naturales, examina especies de animales nuevas, y olvida por de pronto su habitual laconismo por referir *auto de una montería.*

Prolongando hasta el termino de veintitrés días la tranquilidad de la huelga, raro fuera que no ayudara la convalecencia, gozando de la sombra de los árboles, de la fragancia de las flores, del canto de las aves, de las sensaciones que más gratas son al marino, por no disfrutarlas de ordinario.

Allí vide, continúa la carta, (83) *una sepultura en el monte, grande como una casa, labrada, y el cuerpo descubierto y mirando en ella.*

Piensa el Doctor Soto que estando las naves próximas á la playa, desde su bordo pudo ver el Almirante un mausoleo tan grande, y continúa de esta manera sus reflexiones:

---

(82) Navarrete, Tomo III, pág. 584.
(83) Navarrete, Tomo I pág. 307

"Si hubiera alguna vez desembarcado, no es de creerse que los historiadores dejaran de consignarlo como un hecho digno de nota. En Cariay se dice que desembarcó el Adelantado. Si hubiera hecho lo propio el Almirante, ¿porqué habían de callarlo los cronistas? Si tal hubiera sucedido, el mismo Colón lo hubiera dicho. Creo que el Almirante no abandonaba su puesto á bordo por desconfianzas, porque temía siempre alguna mala partida de los que le acompañaban, y porque su mala salud casi no le permitía moverse. Además, el inmortal genovés, preocupado como estaba de encontrar *el paso del estrecho*, recorría la costa con ese exclusivo fín, dejando para explorar más tarde las tierras que descubría en su ruta á lo largo de las costas............El Almirante estaba muy enfermo padeciendo de la gota y con una de sus antiguas heridas abiertas............A veces da como vistos por él, objetos que deben haberle descrito á su modo los de la tripulación; así dice que un ballestero había herido una animalía, que se parece á gato–paul, salvo que es mucho más grande y el *rostro de hombre.* Nadie puede haber visto tal animal, porque no existe ninguno con rostro de hombre."

Las palabras de don Fernando Colón, con que de propósito principié este escrito, enseñan de qué modo entendían los cronistas de aquel tiempo lo que era de interés para la posteridad. Anotaron las visitas de los pueblos y minas, y las exploraciones encomendadas á don Bartolomé, limitándose á consignar que el Almirante las ordenaba: que éste saliera á tierra por esparci-

miento, no había para que decirlo, y no es extraordinario que él no lo escribiera á los Reyes, habiendo olvidado noticiarles que se había tomado posesión de la tierra. Lo contrario es lo que ni los cronistas hubieran callado, existiendo causa de impedimento, ni él hubiera omitido en el capítulo que redactó de las tribulaciones, ingratitudes y desengaños. El escribano real, Diego de Porras, expresamente encargado de narrar las ocurrencias, no apuntó una sola palabra de la construcción de las casas que iban á constituir la población castellana ordenada por SS. AA. ¿qué mucho que pasara pormenores realmente innecesarios?

Atendiendo á la letra de los documentos, desde la vista del cabo Gracias á Dios, no escribe el descubridor volviera á resentirse su salud, haciendo constar que después de Cariay, sin contar escalas breves, estuvo en un puerto que no se nombra, diez días; en el de Bastimentos, catorce, y en el Retrete, *con el bordo en tierra*, quince. Era el 5 de Diciembre, es decir, habían trascurrido cerca de tres meses, cuando al salir del último punto, reproduciéndose el temporal, pasó nueve días luchando con mar tan alta y cruel fatiga, que anduvo perdido sin esperanza de vida, y allí, con tales trabajos, allí, apunta, *se me refrescó del mal la llaga* (84). Entrado que hubo en *puerto Gordo*, donde descansó; vuelto á Veragua y asegurado el bajel á la orilla del río Belem, por más de tres meses, no indica mal estar ni causa que le impidiese inspec-

(84) Navarrete, Tomo I, pág. 301

cionar la fábrica de su pueblo, tan cercana. Hasta que salió de ese río y otra trinquetada le obligó á velar en la mar, con el apuro de recoger la gente que quedaba en la playa á merced de los indios, nada debió sentir, ya que entonces expresa que por la fatiga se sintió *con fuerte fiebre.*

Ni don Fernando que acompaña á su padre, ni el P. Las Casas que tuvo en su poder los papeles del almirante, ni los testigos de vista Diego Méndez y Diego de Porras, dijeron cosas por donde se infiera que estuviese impedido, ni siquiera doliente, desde la notada fecha de 11 de Septiembre de 1502 al 1º de Mayo de 1563, que son los siete meses y medio empleados en el reconocimiento de los puertos y ríos del litoral de Nicaragua y Panamá.

Es sabido que la *gota podagra* que aquejaba al Almirante, es enfermedad que no aflige de continuo al paciente: por lo general ataca en períodos más ó menos largos, y la duración de los dolores intensos no es muy prolongada. En el tercer viaje sufrió Colón terrible acceso seguido de calentura (85), y antes de llegar á la isla Trinidad estaba repuesto. Se repitió probablemente en la navegación de la Española á Tierra-firme, y con más intensidad en el tiempo que permaneció en Jamaica, según consta. Por la marcha progresiva de la enfermedad y la senectud del navegante, habían de hacérseles sensibles los duros movimientos de la pequeña nave que guiaba, cuando el temporal la combatía, obligándole á una vigi-

---

(85) Don Fernando. cap. 65

lia larga; mas en el descanso de los puertos no le privaba el mal crónico de hacer observaciones astronómicas y ejercitarse en otros trabajos de que se jacta, en la repetida carta á los Reyes. "Ninguno, dice (86), puede dar cuenta verdadera de esto............Según la costa de Tierra-firme; ésta se asentó con compás y arte. Ninguno hay que diga de cual parte del cielo, ó cuando yo partí de ella para venir á la Española........... "Respondan, si saben, los pilotos, á donde es el sitio de Veragua. Digo que no pueden dar otra razón ni cuenta, salvo que fueran á más tierras, donde hay mucho oro, y certificarle; mas para volver á ella, el camino tienen ignoto: sería necesario para ir á ella, descubrirla como de primero."

Persuádenme estas consideraciones de que Colón puso los pies en tierra de Cariay primeramente; *y vió en el monte*, que en la sepultura, grande como una casa, estaba el cuerpo descubierto y mirando en ella; circunstancias que no pudiera distinguir desde el navío. Presumo que visitó también la campiña de Puerto Bello, Bastimentos, Puerto Gordo, el Retrete y Belén, y si hubiera razón para estimar que un ataque de gota durara ocho meses, todavía creería que el gran Almirante, con más empeño que en muchas ocasiones, lo hicieron Carlos V y Felipe II, mandara á los marineros que en una silla le condujeran á la tierra de sus ilusiones realizadas; bien que esto sí que no dejarían de anotar los escribanos.

Menos que en la enfermedad existe fundamen-

(86) Navarrete, Tomo I, pág. 306

ot para suponer que el recelo de la infidelidad de la gente retuviera en el navío al Almirante: nada indica ese temor, que en todo caso desvaneciera la presencia del Adelantado, con la de capitanes de probada adhesión, como eran Terreros, Tristán, Fierro, Méndez, Gentil y sus criados y escuderos. Mientras duró el descubrimiento, siendo abundantes los mantenimientos, variado el paisaje y fácil el trueque de cascabeles por espejos de oro, se daban por bien empleados los trabajos, y á todo se sobreponía el interés, sin excepción del Almirante mismo que, si en un principio pensó, ciertamente, en la posibilidad de encontrar un estrecho, *mudó de sentencia* (87) en el punto en que supo de los indios que no había riqueza más adelante, y dió vuelta á Veragua en demanda de las minas, *que era lo que buscaba* (88) *lo que tenía en más que todo lo hecho en Indias*; (89) *el oro, que es excelentísimo, y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al paraíso* (90). La rebelión que los Porras capitanearon más tarde en Jamaica, fué originada por la pérdida de las naves y la perspectiva de perecer ignorados á manos de los indios, y aunque tanto habían cambiado las circunstancias, tuvo el General elementos con que dominarla.

Algo contó Colón de oídos, no habiendo asistido á las correrías del interior; mas el *gato-paul*

(87) Navarrete, Tomo I, páginas 286 y 301.

(88) Navarrete, Tomo I, página 298.

(89) Navarrete, Tomo I, página 310

(90) Navarrete comenta esa frase en buen sentido en el Tomo I, página 309.

con rostro de hombre vió por sus ojos, en la montería que tan circunstancialmente narra (91) y que se corrió en la cubierta de la nave capitana, según testimonio de don Fernando, que la presenció, no siendo difícil reconocer la especie por las señas. Dice el historiador de su padre:

"Entre los animales de aquella tierra hay algunos gatos de color gris, con la cola más larga, y tan fuerte, que cogiendo alguna cosa con ella, parecía que estaba atada con una zoga: andan éstos por los árboles saltando de uno en otro, y cuando dan el salto, no solo se agarran á las ramas con las manos, sino con la cola, de la cual muchas veces se quedan colgando, como por juguete y descanso. Sucedió que un ballestero trujo de un bosque uno de estos gatos, echándole de un arbol abajo, y porque estando en tierra, se puso tan feroz que no se atrevió á acercarse á él, le cortó un brazo de una cuchillada, y trayéndole herido, se espantó, así como le vió, un buen perro que teníamos: pero mayor miedo dió á uno de los puercos que nos habían traído, que así como vió al gato, echó á huir mostrando grande miedo, lo cual nos causó grande admiración, porque antes que sucediese esto, el puerco envestía á todos y no dejaba al perro quieto *en la cubierta*, por lo cual mandó el Almirante que le arrimasen el gato, el cual viéndole cerca, le echó la cola y le rodeó y con el brazo que le había quedado sano, le agarró para morderle, y el puerco gritaba de mie-

(91) Navarrete, Tomo I.

(92) Don Fernando, capítulo 91.

do fuertemente, de que venimos en conocimiento que semejantes gatos deben cazar en aquella tierra como los lobos y los lebreles en España" (92).

Muñoz escribe: "Vióse andar por los árboles uno, entre gato y mono, del tamaño de un galgo pequeño, á quien Pedro Martín nombró *mico grande* y Buffón debiera nombrar *Sagu gris*; andaba por los árboles y saltaba de unos en otros con rara ligereza. Su cola grande, fuerte, más que de gato ó mono, con la cual se asía ó colgaba de las ramas............" Refiere á seguida, cómo se llevó á bordo, encadenado, y la acometida que hizo al *begare* ó *fecari* de Cubier, conforme con Pedro Mártir y don Fernando (93).

Una observación que no se ha hecho en el opúsculo de Tegucigalpa, inclina el discurso á decidir la cuestión del desembarco de Colón en contra de sus conclusiones; la de la carena ó reparación de las naves. Volviendo á los documentos, por desenvolverla, se advierte que en la tierra de Cariay se detuvo el Almirante á *remediar los navíos* (94); en el puerto de Bastimentos ó Nombre de Dios, *adobó los navíos y la vasijería* (95) y en Puerto Gordo *volvieron á repararse lo mejor que se pudo* (96). Como la avería esencial estaba en los fondos, atacados por la broma ó *teredo*, había de hacerse la reparación reconociéndolos y ensebándolos, operación que requería la de ponerlos previa-

(93) Historia del Nuevo Mundo, Tomo II, manuscrito en la Academia de la Historia.

(94) Navarrete, Tomo I, página 298.

(95) Don Fernando, capítulo 93, y Las Casas, capítulo 24, en el Tomo 64 de colección de documentos inéditos.

(96) Navarrete, Tomo I, página 301.

mente en seco ó *á monte*, según entónces se decía, que en playas á propósito no ofrecía gran dificultad, por el poco porte que tenían. De haberlo hecho en el primer viaje, hay constancia, por la frase nada dudosa de don Fernando, *mandó sacar á tierra el navío para empalmarle* (97); en el cuarto de que ahora se trata, por declaraciones conformes del piloto Gregorio Díaz y de los marineros Juan Moreno, Diego Ruí Ximénez, Ruí Fernández y Pedro Coronel, prestadas en la probanza de don Diego Colón [98], se justifica que en *Puerto Gordo, se puso la nao Gallega á monte* [99]; y siendo lo probable que lo mismo se practicó con las otras, y que á la faena de vararlas en la playa, se alude al hablar de las reparaciones hechas en Bastimentos y Cariay, mientras otra cosa no se demuestre, es presumible que sobre la tierra firme del Nuevo Continente gravitó el vehículo del Almirante, y que la gloriosa nave dejó huella en la arena, junto á la de aquel *para quien la humanidad nunca tendrá sobrada gratitud, ni sobrada admiración.*"

El inmortal descubridor del Nuevo Mundo, vino á las costas del Centro de América. A la vista de los seculares bosques del Norte, sufrió terriblemente, combatido por las tempestades y falto de salud y aliento. Algún tanto recuperado de tamañas angustias, bajó á tierra de Cariay, ó sea

---

(97) Capítulo 26. Quiso decir despalmarla; acaso el error sea de Barcia, al traducir del texto italiano.

(98) Navarrete, Tomo III, página 591.

(99) Don Fernando, capítulo 94, anota también que en este Puerto se compuso el navío Gallego.

costa de Mosquitos, hoy territorio nicaragüense, después de pasar el cabo Gracias á Dios, y pasadas también las físicas dolencias del sabio cosmógrafo, y lo adverso de los embravecidos elementos.

¡Salve Istmo del Centro, cuyo rico suelo fué un día pedestal del insigne Colón, para orgullo y gloria de todos los centroamericanos!

IX.

El 9 de Enero de 1503, fondeó Cristóbal Colón en la desembocadura de un río que llamaron Belén, y su hermano don Bartolomé penetró al interior del país, á practicar un reconocimiento. Había allí gran cantidad de oro, y tuvo la idea de fundar una colonia; pero la dureza y violencias de los españoles sublevaron á los indios, pagando con la vida, muchos castellanos, sus torpes desvíos y crueles procederes. Este descalabro no fué la desventura postrera del venerable marino. Furiosas tempestades pusieron á punto de naufragar á aquellos extranjeros, muchos de los cuales quedaron allí sepultados, con dos de las carabelas que se fueron á pique, en las encrespadas olas de aquella costa de los *contrastes*, como la llamaba el Almirante, al ver que, envidiosa la muerte, se cernía sobre la naturaleza lozana y llena de encantos. A la vista ya de la isla de Cuba, que persistía Colón en llamar Catay, ó sea la China de los viajeros de la Edad Media, asaltóle una borrasca tan recia que dejó maltrechas las averiadas naves, y

tuvo que encaminarse á la Española, para buscar amparo. Perdido del todo el aparejo de las miserables embarcaciones, que se hallaban como un panal de agujeradas por la broma, pudo dar con "Puerto Bueno," que hoy se conoce con el nombre de "Dry Harbour." El hambre y el desaliento, que los infelices españoles sufrían en esa isla, hizo que Colón, como último remedio, tomase dos canoas de los indios, y en tan frágiles maderos, mandase á Méndez y Fieschi, á pedir auxilio á Ovando.

La situación de los que quedaban en ese puerto, no podía ser más angustiosa, hasta el punto de que los indios les negaron los víveres para subsistir. En tan terrible extremo, el genio de Colón puso en juego un arbitrio que le sugirió la ciencia. Sabedor de que pronto se verificaría un eclipse, dijo al cacique y á los principales indios, que el cielo se hallaba airado contra ellos, porque los europeos eran sus emisarios, y no se les trataba hospitalariamente: que antes de mucho, palidecerían las estrellas, mientras que la blanca luna iba á esconder su faz, tornada en color de sangre, como signo precursor de las calamidades que sobre aquella tierra sobrevendrían. Los aborígenes no dieron fe á semejante vaticinio; pero llegó el 1º de Marzo de 1504 y comenzó el astro de la noche á oscurecerse, tomando rojizo tinte, y entonces los ignorantes isleños de Jamaica vinieron con víveres hacia Colón, á impetrar su indulgencia, con el fin de que intercediese ante el Espíritu del Firmamento, para que no les impusiera pena alguna, por su inhumano proceder. El Almirante les ofreció que así lo haría: y el eclip-

se fué pasando, hasta que el astro de los amores volvió sereno á aparecer en la bóveda celeste. (100)

En aquella tierra de sufrimientos hubo de experimentar el genovés esclarecido la deslealtad de los unos y la ingratitud de los otros. Iba á estallar una conspiración contra él, cuando columbraron en el horizonte una vela blanca, que todos creyeron ser un buque amigo; pero que en realidad no era otra cosa que un bajel espía de Ovando, capitaneado por Diego Escobar, á quien Cristóbal Colón había estado á punto de hacer morir por revoltoso. Ese enemigo acérrimo del descubridor entrególe una carta, y partió luego con su nave á llevar la respuesta.

Más de un año permanecieron aquellos desventurados náufragos en la inhospitalaria Jamaica, hasta que pudo Colón fletar, por su propia cuenta, un buque, para volver á Europa, no sin sufrir nuevas borrascas en el gran Océano, que avasalló con su genio y domó con su constancia.

Pasó á la Española, en donde fué bien recibido, con falsas atenciones por parte de Ovando, que hacía guerra de exterminio á los indígenas. Por último, el día 12 de Septiembre de 1504, se alejó para siempre de las americanas playas, y arribó á San Lucar de Barrameda el 7 de Noviembre del propio año.

Después de un viaje tan lleno de fatigas, enfer-

(100) La fecha de ese eclipse ha sido comprobada por la ciencia moderna, merced á las tablas de la luna, construidas por el sabio C. de Launay. Empezó en Jamaica, á eso de las seis de la tarde, y todas las circunstancias dadas por el cálculo retrospectivo concuerdan perfectamente con la descripción hecha por Colón. "Historia del Cielo por Camilo Flammarión," pag. 416.

mo y viejo el gran descubridor, cifraba toda su esperanza en la católica reina; pero cuando él llegó á Sevilla la ilustre soberana había muerto. Tuvo que ir en busca de la Corte á Segovia, en donde melancólico y solitario, apenas alcanzó una fría sonrisa de Fernando V, que no recordaba sus excelsos merecimientos (101). Lo que no pudieron las tempestades del mar, logrólo la ruindad de los hombres. Languideció el sublime espíritu del navegante egregio. Sus dolencias físicas lo pusieron á las puertas del sepulcro. Otorgó un codicilio en el que confirmaba sus disposiciones testamentarias, y la institución de un mallorazgo en favor de su hijo mayor y de don Fernando, si el otro moría sin descendencia; concluyendo por recomendar á doña Beatriz Enríquez, á quien tanto había amado en sus mejores años.

Después de descubrir un Mundo, pasó á la eternidad Cristóbal Colón, el 20 de Mayo de 1506, diciendo al espirar, como dijera Cristo: "In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum."

Descansaron sus restos en el convento de San Francisco de Valladolid. Seis años más tarde, Don Fernando los mandó trasladar á la Cartuja de Sevilla, con el epitafio memorable:

"A Castilla y á León
Nuevo Mundo dió Colón."

En 1536 fueron trasladadas las cenizas del descubridor de América al teatro de sus principales hechos, la isla de Santo Domingo. Cuando pasó

(101) Irving, Vida y Viajes de Colón, Libro VIII, cap. III.

aquella isla á poder de los franceses, en 1795, se llevaron á la catedral de la Habana, en una caja de plata, en donde reposan bajo la sombra de la cruz, que él hizo plantar por vez primera en la rica tierra de las Indias (102).

X.

Después de cuatrocientos años, se magnifica y agiganta la figura egregia del inmortal marino, así como se extiende y engrandece la sombra del condor, cuando á las nubes se remonta. En alas de gratitud sincera y férvido entusiasmo, álzase el genovés ilustre de la fría mansión de los que fueron, evocado por el progreso que, en són de fiesta universal, exclama: ¡Levántate descubridor del Nuevo Mundo y contempla la obra de tu profético genio! Allí está la América, plácida y gentil, con el cetro de la libertad en sus manos, luciendo sus mejores atavíos y más ricas preseas. El siglo XIX, en su postrera década, cobra aliento y se ufana de celebrar el hallazgo providencial de la mitad más privilegiada del orbe. Hánse dado cita, en fraternal abrazo los pueblos y las gentes, para venir con sus opimos frutos y odoríferas flores, ante el altar que levanta la civilización, al dios del Océano, al predilecto de las ninfas y nereidas, al numen que dejó sus huellas sacratísimas sobre el cristal del piélago infinito. Bien así como los reyes magos, en símbolo de las razas,

---

(102) Hoy está claramente demostrado que los restos mortales de Colón yacen en la Catedral de la Habana. Véase la memoria que acerca de este punto publicó el historiador don José María Asensio.

fueron guiados por lucero místico á presentar ofrendas al Redentor de la humanidad, vendrán las naciones todas, atraídas por la simpática luz que, al través de cuatro centurias, despide la fulgente aureola del incomparable nauta, que hizo resucitar del sepulcro del olvido á la virgen América.

Si en lo humano parece que no cabe la gloria ruidosa y brillante sin el cortejo de negros y sangrientos hechos, ahí tenéis á Cristóbal Colón, que para hacer contraste con los grandes conquistadores y guerreros, se ostenta circuido del puro nimbo de los justos. Los marmoreos pedestales, consagrados por los pueblos á triunfadores reyes é invictos adalides, guardarán siempre la memoria de actos horrendos, de barbarismo insólito; al paso que vívida aureola circunda la majestuosa cabeza del sublime inventor de la perdida Atlántida. Mientras que están amasadas con lágrimas las estátuas de los guerreros ilustres y claman justicia en su derredor las sombras vengadoras de sus incontables víctimas; se han alzado gloriosos monumentos á la ascendrada fe, á la visión singular, á la constancia sin ejemplo, del que hizo surgir, de entre obscuras ondas, á la tierra del sol; monumentos circundados por alegre rumor de júbilo sincero y por célicos ritmos de afecto puro y entusiasta reconocimiento. Diríase que del empíreo bajan ansiosos los alados querubes á colocar coronas de siemprevivas sobre la radiante cabeza de los bustos de Colón, que, en todas partes del globo, recuerdan sus portentosos hechos y preclaras virtudes. La fama esparse, en alas del rayo,

la buena nueva de que próximo está el onomástico día de esta tierra de promisión y de ventura, de este Continente de poéticos ideales y de imperecederos recuerdos. Se acerca el Centenario del 12 de Octubre de 1492, día de renacimiento en el génesis de la universal cultura y del desarrollo de la humana especie; día de gozo y regocijo, de memorias y esperanzas; día en que tribútase culto á la comunión de las razas y á la solaridad de sus destinos; día de alborozo de nuestra especie, medced al rejuvenecimiento de la naturaleza y de la vida, por el trabajo libre y la plegaria espontánea, bajo el sagrado templo que tiene por techumbre un cielo sereno, azul y transparente. En ese memorable día de gloria y apoteosis, paréceme ver entre la música de las esferas, á Cristóbal Colón, apoyado sobre una áncora, y con un ramo de olivo en su sacra diestra, exortando á la paz y á la concordia á los pueblos americanos, por cuya bienandanza velan los sublimes espíritus de Bolívar y de Washington.

Bien haya mi patria querida, que desde el centro del Mundo, descubierto por la intuición maravillosa del hombre más grande que contemplan las edades, asóciase con laudable propósito, á la magna festividad del Centenario del 12 de Octubre de 1492, por siempre venerando; en que las naciones se transforman, abriéndose plácidos horizontes á la incansable actividad de los mortales.

El tiempo, con su terrible guadaña, aisló del resto de la tierra, un hemisferio entero, que vivía apenas en los cantos de los poetas y en las adivinaciones de los filósofos. Afortunado y audaz,

pudo Colón volver á unir lo que, acaso un horroroso cataclismo, ocultara durante miles de siglos; pudo unir moralmente los continentes dispersos en pedazos sobre la inmensidad de las aguas; y une hoy, desde las Alturas, los corazones de los hombres de buena voluntad.

¡El alma del oráculo presintió la existencia misteriosa del Nuevo Mundo, y la profesía de su descubrimiento, cual promesa divina, se grabó con letras de fuego en su mente sublime, para hacerlo inmortal, en el decurso de los tiempos!

¡El siglo XIX ábrese paso en la historia, entre el grito del combate y la desolación de la guerra; y va á hundirse en la eternidad, anunciando una nueva alianza, por la obra de Cristóbal Colón, que aparece en el Sinaí, cual símbolo de paz, radiante con los colores del íris!

¡Gloria á Colón y gloria á nuestro siglo!

Guatemala, 12 de Octubre de 1892.

